

La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXV

BARCELONA 13 DE AGOSTO DE 1906

NÚM. 1.285



FRAGMENTO DE UN BAJO RELIEVE PARA EL MONUMENTO A MAZZINI, obra de Héctor Ferrari.

(Exposición de Bellas Artes de Milán.)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *La Virgen de agosto á bordo*, por Alfonso Pérez Nieva. — *Caretas y netsuks*, por A. García Llansó. — *El monumento funerario de Chateaurouge*. — *La catástrofe de Fourneaux*. — *La revolución en Rusia*. — *El naufragio del vapor «Sirio»*. — *Monumento á Jorge Sand*. — *Monumento á D.^a Concepción Arenal*. — *Bellas Artes*. — *En la paz de los campos*, novela ilustrada (continuación). — *Tres casos notables de apariciones* (con tres grabados), por Haroldo Begbie. — *Libros enviados á esta Redacción*.

Grabados.—*Fragmento de un bajo relieve para el monumento á Mazzini*, obra de Héctor Ferrari. — *Fragmento del cuadro de Rembrandt «La lección de anatomía»*. — *Retrato de la hija de Joaquín Sorolla*, pintado por éste. — *Gente de mar*, cuadro de Pieretto Bianco. — *Monumento erigido en el cementerio de Chateaurouge á la memoria de Pedro Monty*. — *Destrucción de la aldea de Fourneaux (Saboya) á causa del desbordamiento del torrente del Charmaix*. *Vista de la plaza de la iglesia después de la catástrofe*. — *La revolución en Rusia*. *El fuerte de Sveaborg en donde han luchado encarnizadamente los revolucionarios durante tres días*. *El diputado Herzstein en el bosque de Terioki, cerca de Viborg, dos días antes de ser asesinado*. *La policía impidiendo á los miembros de la Duma la entrada en el palacio de la Taurida al día siguiente de la disolución de aquella asamblea*. *Llegada de los miembros de la Duma á Viborg (Finlandia) el 22 de julio último*. *Los miembros revolucionarios de la Duma reunidos en el bosque de Terioki, cerca de Viborg*. *Juan Kock y Notinen, jefes de la llamada «guardia roja» finlandesa*. — *El vapor «Sirio» que naufragó en el Cabo de Palos*. — *Monumento á Jorge Sand*. — *Proyecto del monumento á la insigne pensadora D.^a Concepción Arenal*. — *Sueño inocente*, cuadro W. Llewellyn.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y si hablásemos un momento de lo que hablan todas las señoras cuando se reúnen en conciliábulos, sea á la salida de misa, sea á la puerta de una tienda, sea al obscurecer, en alguna «casa de confianza», sea en el paseo, sentaditas en sillas de paja, mientras las niñas se entretienen charlando con la demás gente joven de «otras cosas»? ¿Si hablásemos, una vez nada más, del servicio?

Yo he observado algo en que seguramente habrán reparado también los que me leen, sin necesidad de enfrascarse en estudios profundos y trascendentales. He observado que, mientras los demás obreros y artesanos, con rarísimas excepciones, saben «su obligación», conocen su oficio, de los servidores, el 75 por 100 lo desconoce absolutamente, lo mismo en Madrid que en provincia. Llamad á un albañil: él sabrá recebar, encalar, sentar ladrillo—sin que necesitéis intervenir para que se cumplan estas faenas.—Llamad á un carpintero: no será menester que le déis una lección de ajuste y ensamblado. El zapatero os entrega zapatos que os calzan; el confitero os vende dulces que podéis comer; el fumista os arregla la cañería y os limpia la estufa, que vosotros no acertabais á hacer funcionar.—Tomad, en cambio, un sirviente, una doncella, una cocinera, un mozo de comedor. Por milagro estarán enterados de la vigésima parte de sus deberes. El mismo día en que entran en vuestra casa empiezan á aprender. ¿Dónde se ocultan los que ya han aprendido? Lo ignora. Nadie me ha dicho que haya tenido la dicha de tropezar con ellos.

Lo primero que os veis en el caso de enseñarles es que los fósforos no se raspan en la pared. Lo segundo, que es fórmula de respeto dirigirse á los amos en impersonal. Lo tercero, que no se habla á gritos, pero tampoco mascullando las palabras: que se pronuncia con claridad y buen modo. Lo cuarto, que el calzado se limpia por las mañanas, y cómo, y en qué forma. Lo quinto, que las cartas y periódicos no se entregan con la mano. Lo sexto, que se barre así y asá, se aclaran los cristales de esta y la otra manera, se lustran los muebles, se bruñen los metales..., en fin, todo, absolutamente todo cuanto constituye el protocolo del aseo, del cual se enteran con un asombro infinito y una vaga sospecha de que son «monsergas de los señores.» Y cuando habéis conseguido que bajo vuestra inspección se haga un «sábado» pasable, tenéis que dedicaros á combatir la pernicioso idea de que ese «sábado» es definitivo, durando un lustro sus efectos y resultados.

Ninguna doncella admitiréis que al colgar vuestra ropa no la deje en desorden, suspendida por la mitad de la espalda, lo cual desfigura la prenda y hace una bolsa bajo el cuello. Ninguna tendrá ni la más ligera noción de cómo se cepilla, de cómo se dobla, de cómo se coloca un sombrero en la caja, de cómo se repasan las medias finas, de cómo se plancha un encaje; no hablemos ya de sabidurías más complicadas, de artes de tocador, de peinar, ondular, vestir y pren-

der adornos. No hablemos de servir un te, de introducir á las visitas con discreción, de recibir y transmitir un recado, sea de palabra, sea por teléfono. En cuanto á su vestimenta, lo que os salta á los ojos, en las mujeres que se dedican al servicio, es el falso lujo, unido al absoluto desconocimiento del traje *convenable* para su labor. Se peinan con sobra de coquetería, abusando de los peinecillos y peinetas; lucen blusas con entredoses y adornos, mientras llevan los bajos sucios y desflecados y chancletean en zapatillas á cualquier hora; prefieren las telas de colorines para los contados vestidos, á veces tan contados que no pasan de uno, que traen en su baúl; se dan polvos de arroz con olor de patchulí, y os atosigan y encalabrinan al acercarse; y os miran abriendo mucho los ojos, cuando les ordenáis—al regalarles ropa negra—que la usen siempre, no sólo los domingos, y que lleven un cuello blanco muy limpio, un delantal de nieve... Ellas creen «más elegantes» sus faldetas de medio color, sus blusas rosas ó azules, su toquilla colorada...

Y he guardado para el *bouquet* á las cocineras, que ya constituyen un serio problema social, familiar, hasta higiénico. En Madrid las cocineras sisan formidablemente, es cosa descontada; mantienen á quien se les antoja, eso ya lo sabemos; pero ó mucho me equivoco, ó hace unos veinte años, con tener estos vicios, al menos guisaban. Hoy, ¡qué han de guisar! No conocen el guiso más sencillo; no hacen los platos más burgueses; no componen el más humilde *menú*. No hay que figurarse que esto es una exageración: no saben ni pasar ni freir un huevo, ni hacer el puchero, el caldo de substancia. Han suprimido, por artículo de lujo, su oficio, ó mejor dicho, han conservado de él, solamente, el «ir á la compra.» Lo demás... es lo de menos.

He aquí el diálogo invariable:
—¿Qué sabe usted hacer?
—Pues..., así..., lo corriente... Amos, lo que se pone en todas partes.
—¿Lo corriente? Explique usted lo que entiende por «corriente.» Por ejemplo: sopas. ¿Qué sopas sabe usted?
—Pues... de fideos... Amos, de diferentes pastas.
—¿Nada más?
—Como sopas..., no, señora, no sé más. Pero si la señora me explica...
—Bueno... ¿Y de fritos?
—*Clocléts*.
—¿Nada más?
—Y merluza frita. También sé freir merluza.
—¡Ah! ¿También? Siga, siga... ¿Y de entradas?
—¿Eeeeh? ¿Entradas? Dispense la señora, que no entiendo.
—Adelante... ¿Asados? ¿Repostería? ¿Postres?
Un minuto de angustioso silencio. Sonrisa humilde ó irónica, según los temperamentos.
—¿Nada de eso sabe usted?
—Como asar..., claro, sé unos bistés... y sé asar la ternera... Ahora, de lo otro... En las casas donde estuve, se traía el postre de la confitería.
—¿Cuánto ganaba usted en esas casas?
—Ocho duros (con aplomo).
—¿Al año?

La pretendiente se terció el mantón y desfiló... Viene otra, que debe de ser su hermana gemela, y se repite exactamente la indagatoria anterior, con la coletilla: «Pero, si la señora me explica... Porque, ¿verdad usted?, cada amo tiene su gusto... y en cada casa hay sus estilos...»

Total, que os proponen entrar en aprendizaje, ó lo que es lo mismo, que del oficio que ellas ignoran os piden lecciones, y en vez de pagaros os exigen dinero...

En esto del aprendizaje está el toque de la cuestión. Los obreros y artesanos saben su obligación, sencillamente á causa de haber sido aprendices en la adolescencia; y durante el tiempo que lo fueron, unos pagaron al maestro en moneda contante, otros le pagaron en trabajo, y en una ó en otra forma, reconocieron explícitamente que el enseñar vale algo, y el aprender algo cuesta, así sea lo aprendido tarea mecánica y material, como amasar yeso ó picar piedra. Sólo esta importantísima ciencia de la cocina, la preparación de los alimentos que han de nutrir el cuerpo, sostener el equilibrio de la salud, sanar á los enfermos, fortalecer á los niños, reparar las pérdidas del organismo fatigado, alegrar la vida de familia, estrechar los lazos de la intimidad, repartir un goce lícito y consumir buena parte de la hacienda, sólo este oficio necesario por excelencia se ejerce sin aprendizaje, y en el mejor caso, se aprende á costa de los

mismos que pagan al que viene á ejercerlo, ignorándolo completamente...

He dicho «en el mejor caso...» En efecto, las nociones no adquiridas en los primeros años de la vida, rara vez se ganan en los últimos. Las cocineras no suelen ser muy jóvenes, y la lección no les aprovecha.

Yo tengo afición á dirigir platos de cocina. Me he formado una pequeña biblioteca de libros de culinaria. No creo ser, de las señoras que conozco, la más torpe para este ramo de economía doméstica, al parecer reñido con las Musas (sólo al parecer). Así es que he ejercido la enseñanza, sin poder decir que han aprendido, por lo general, gran cosa mis discípulas. En efecto, yo les dirigía un plato poniendo en él los requisitos que la fórmula exige: midiendo y pesando lo que debe medirse y pesarse; refinando delicadamente para que ni falte ni sobre y el paramento y la sazón lisonjeen el gusto. Aquel día, el plato, como una seda. A los ocho días, lo repetía la cocinera, suprimiendo la mitad de lo que constituye el intrínsculo del guiso, y procediendo «á ojo.» Ya era difícil aplicarle nombre. A los quince, golpe nuevo, suprimiendo casi todo. ¡Y no reconocía el guiso ni la madre que lo parió!

Jamás he logrado persuadir á una de estas atropelladoras de que muchas legumbres se sangran, la carne no se lava, el caldo no debe hervir á borbotones, el pastel no se sirve templado, sino frío como el hielo ó sudando de puro caliente, y otras varias reglas é instrucciones nada complicadas, que desacatan á cada momento. No he conseguido enterarlas ni del secreto casero y humilde de los huevos bien pasados, bien estrellados, bien escalfados ó bien revueltos. No he obtenido ni que pongan corcho á la botella del vinagre. Y es la falta de aprendizaje; es que en la escuela no se les inculcó el *a b c* de la economía doméstica, que la mujer debe saberse de corrido. Si no me equivoco, en Noruega y Dinamarca se cocina en las escuelas, y la maestra va con las alumnas al mercado y á la compra. Gran idea y grandes países—aunque pequeños.

¿Y el cocinero? ¿También él desconoce los rudimentos del arte? No. Los cocineros que he tenido sabían su oficio, unos mejor, otros peor, pero, al cabo, lo sabían. Un día *de convite* se lucían; adornaban, cuidaban el *menú*. A diario, en cambio, yo no vacilaría en preferir hasta á las atropelladoras. El cocinero nos servía aguachirle en vez de caldo; carbones en vez de *entrecôte*, y como legumbre, judías verdes crudas. En media hora preparaba la comida ó el almuerzo; después, colgaba de un clavo el mandil y desaparecía, cinco horas, seis horas, ocho, diez. ¿Adónde iba? Yo he sospechado si alguno de ellos era, á espaldas nuestras, torero, sastre ó limpiabotas.

Y estos servidores emigran, pasan á Buenos Aires ó Montevideo, y escriben que ganan una porrada de «pesos» mensuales... ¡Pobres señoras sudamericanas!

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Quien vive sin un objetivo, al azar, vive tristemente. En la vida moral, para sentir placer, es preciso proponerse un fin y alcanzarlo.

DE GERANDO.

Para resolverse á atacar el honor de un hombre se requieren hechos; si las simples apariencias pueden bastar es cuando se trata de defenderlo.

DE BRUIX.

Todo se le perdona á aquel que nada se perdona á sí mismo.

CONFUCIO.

En todas ocasiones, no prometas sino aquello que pienses cumplir, y ten siempre la voluntad absoluta de obrar bien.

LEE.

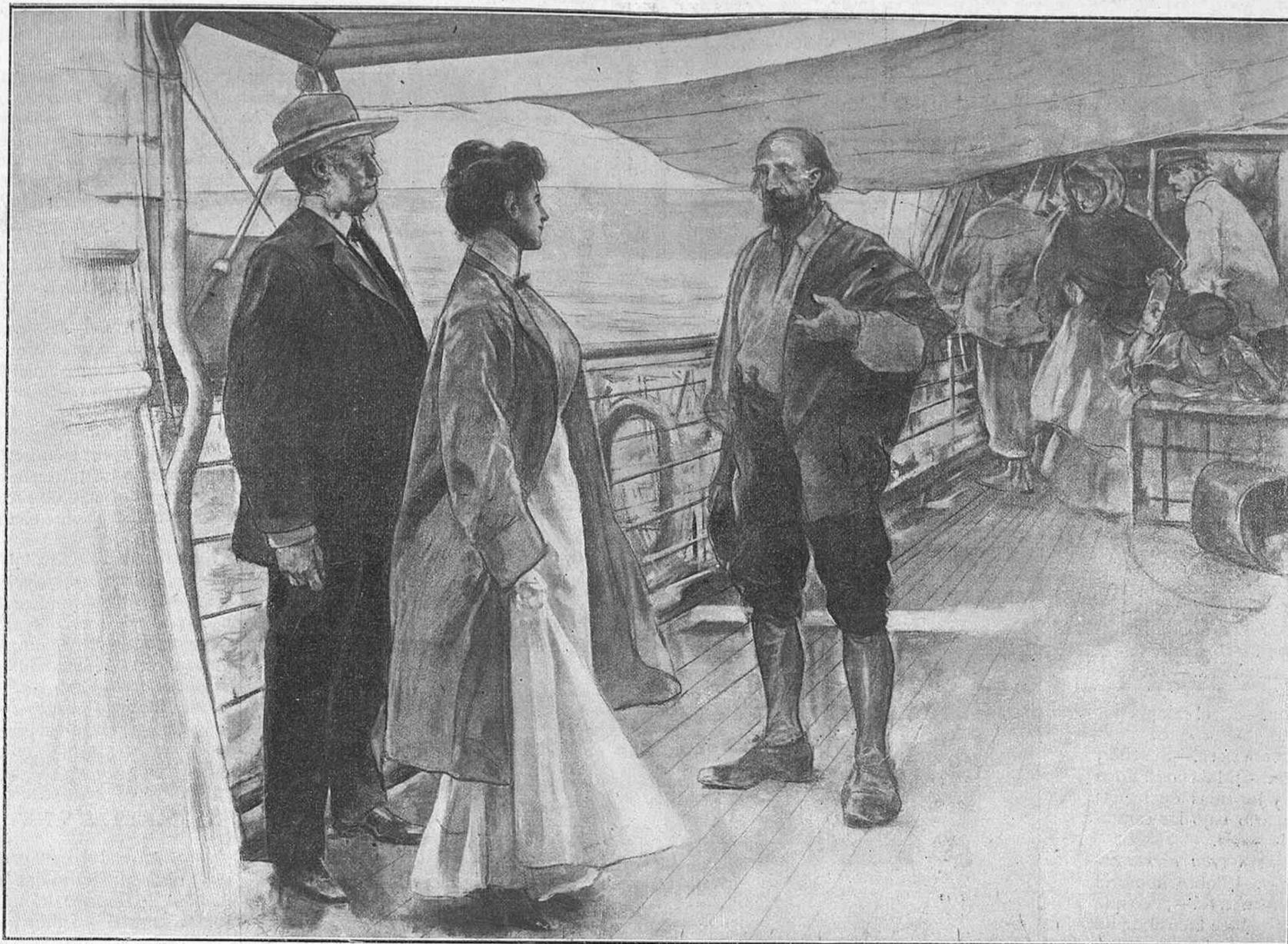
Hasta el presente no se ha encontrado modo de hacer navegar un buque con las velas desplegadas por los mares más peligrosos sin piloto y sin gobierno.

RENÁN.

El socorro á domicilio es una escuela de caridad para los ricos; para los pobres, es una escuela de abnegación, de economía y de virtud.

Las personas débiles son las tropas ligeras del ejército de los malos y causan mayores daños que el ejército mismo, pues infestan y devastan.

CHAMFORT.



Se adelanta con la boina en la mano. (Dibujo de Mas y Fontdevila.)

LA VIRGEN DE AGOSTO A BORDO

I

El suntuoso comedor de primera de un transatlántico que rinde viaje á la Península desde las costas argentinas. Sobre las mesas, las tazas del café que acaba de tomar el pasaje y que empiezan á recoger los camareros. Dos solos pasajeros apuran aún el aromático líquido: una jovencita elegante vestida de batista blanca, medio oculto el traje bajo un cubrepolvo de seda, y un señor maduro, de crespas batillas, con aspecto de hombre adinerado.

SEÑORITA.—¿De modo, papá, que dentro de tres semanas?..

SEÑOR.—Habremos tocado á tierra, hija mía; tú conocerás la en que tu padre nació, el humilde solar de sus mayores, y yo habré vuelto á pisar aquel bendito terreno en que duermen el sueño eterno mis padres, á la sombra de un ciprés y en un olvidado cementerio de aldea, y estaré dando gracias á la Virgen nuestra patrona en su ermita del cerro por haberme permitido volver. *(El señor termina sus palabras con trémulo acento de emoción.)*

SEÑORITA.—¡Te parecerá un sueño, papá!

SEÑOR.—Hazte una idea. Salí de casa joven, con todos mis cabellos negros, á probar fortuna una vez huérfano, con una carta de recomendación por todo tesoro para un pariente del señor cura de mi pueblo, muy amigo de mi familia, para un rico comerciante establecido en el Plata, y torno viejo, con la cabeza gris, rico, poseedor de un cuantioso capital y considerado y querido en mi nueva patria. ¡Treinta años han mediado entre uno y otro suceso, hija mía, la vida de un hombre de trabajo, el período en que se siembra y en que se puede recoger la cosecha, y á Dios sean dadas millones de gracias, que ha permitido que la mía sea abundante!

SEÑORITA.—¡Ya tendrías verdaderos deseos de ver otra vez tu tierra!

SEÑOR.—¡Muy grandes, hija mía! Son cosas que no se olvidan nunca cuando está uno á millares de leguas de su país, por bien que le vaya. Su madre, si la tiene, y su aldea, es decir, sus dos madres. Yo carezco de la primera, pero no he querido morir en mi patria adoptiva sin haber visto por última vez aquel casuchón en que supe lo que era la miseria en

la edad en que todo sonrío y no se comprende que no se tenga pan. ¡Tú y tus hermanos, hija mía, no habéis pasado por ese trance ni quiera Dios que nunca os veáis en él!

SEÑORITA *(interrumpiéndole cariñosamente)*.—Vamos, papá. Todo eso ya pasó; ¿á qué apenarte ahora por un ayer sobre el que ha llovido tanto? Acuérdate sólo de que vuelves á tu valle nativo, en el que nos daremos muy buenos paseos, pues ya sabes lo que me gusta el campo y mucho más si es tan bello como lo pintas.

SEÑOR *(entusiasmado)*.—¡Que si lo es! ¡Ya lo verás! Un mar de maíces más altos que yo y unos castañares que no tienen que envidiar nada á las selvas donde se alza nuestra vaqueriza junto al Paraná. Lo que siento es que el estado delicado de salud de tu madre no la haya consentido venir á conocer el pueblo de su marido.

SEÑORITA.—Vaya, papá, ya has acabado tu café. Si quieres, vamos á dar una vuelta por cubierta. Aquí se ahoga uno.

SEÑOR *(dejando la taza después de apurar el último sorbo)*.—Vamos, sí, tomaremos el fresco.

SEÑORITA.—Y veremos esos delfines que se encabritan como caballos y que se han venido con nosotros. ¡Y aun haremos una visita á los emigrantes que regresan!

SEÑOR.—¿No es esta noche cuando tendremos concierto á bordo?

SEÑORITA.—Eso dijo el del camarote frente al nuestro. Parece que esa señora joven, que subió en la única escala, toca muy bien el piano.

SEÑOR.—Pero es una egoísta con habérselo tenido tan callado. En estos sitios, el que posee una habilidad que pueda significar una distracción, no le pertenece, es de todo el mundo. *(Subiendo la empinada escalerilla que conduce á cubierta.)* ¡Qué hermoso día!

SEÑORITA.—El mar está como un plato. *(Asomándose por la borda.)* ¡Hola! Los delfines. ¡Muy señores míos! Mira, papá, allá en proa, el pasaje de tercera. ¡Pobre gente! ¡Qué viaje tan incómodo traerá!

SEÑOR.—¡No mucho mejor fué antaño el mío! ¡Puedes creerlo! Molestísimo. ¡Y al fin al ir lleva uno la maletilla llena de esperanzas! ¡Pero esos que vuelven las han perdido todas y menos mal que vuelven! ¡Esa es la vida, y considerar que yo podría tornar así!

SEÑORITA.—¡Otra vez, papá! Pero... Allí pasa algo

extraordinario, se oyen voces. Asoma un camarero y todos le rodean. ¡Qué agitación! ¡Vamos á ver lo que es, papá!

SEÑOR.—Pero, chica, no corras así como si esto no se moviera. ¡Cuidado con ese calabrote! ¡Vas á estrellarte!

II

El sollado del buque, de piso resbaladizo de húmedas tablas y el techo encima de la cabeza. Huele á brea y á aglomeración de gente. Dondequiera calabrotes y rollos de jarcia. En cualquier rincón unas jaulas vacías, de aves, que un pasajero ha transformado en armario para depositar un mísero saco donde trae su ropa. Un grupo de reemigrantes, todos pálidos, flacos, tristes, con las huellas del sufrimiento en el semblante y el ansia de tocar en tierra en los ojos, ellas con sus remendadas faldas de percal, ellos con sus blusas rotas; son, en su mayoría, campesinos. El señor de la cámara de primera y su hija aparecen de pronto en el sollado sin ser advertidos.

SEÑOR *(levantando la voz)*.—¿Qué es eso, señores? ¿Qué ocurre?

Vuelven todos súbitamente la cabeza, boina en mano los hombres. A bordo se impone, como en parte alguna, la diferencia de clases. El continente del richón inspira además respeto y luego... las sortijas son siempre sortijas. El grupo rompe á hablar en masa. Las mujeres quieren hacerlo todas á la vez.

UNA REEMIGRANTE.—¡Pues que el pasaje se ha aumentado!

OTRA.—¡Pues que somos uno más!

OTRA TERCERA *(volviéndose hacia un hombre como de treinta años)*.—¡Pero, Antucho, habla tú, que eres el interesado! ¡Vaya una cachaza!

El aludido es un reemigrante delgado, macilento, curtido por el sol, de pelo crecido, ancho á pesar de su flacura, de callosas manos, tipo de labriego habituado á la lucha con la tierra; viste un puro andrajo. Se adelanta con la boina en la mano.

SEÑOR *(sonriéndose)*.—Por lo que he oído, no se trata de nada malo.

REEMIGRANTE *(con la torpeza de lengua del labriego que habla en público delante de un señor)*.—Pues malo, no, señor, no es malo, porque lo que manda Dios porque así lo tiene establecido no es malo. Y luego... que para eso se casa uno para que...

Se hacía un lio. El señor rico le saca del atolladero en que se iba hundiendo cada vez más.

SEÑOR.—Para tener hijos. ¡Eso quiere decir que has tenido uno á bordo!

UNA MUJER.—¡Y bien reguapo!

OTRA.—¡Más grande que uno de esos bichos que saltan en el agua!

REEMIGRANTE.—Pues, sí, señor. ¡No lo siento, es mi sangre! Pero ¿qué va á ser de nosotros? ¿Y de él, del pobrecito?.. Porque aquí donde usted me ve, señor, vuelvo de América peor que me fuí, es decir, si cabe peoría... He estado por allá seis años, pero he perdido la salud, señor, y al embarcarme acababa de salir del hospital... Y la parienta también vuelve enferma. ¡Las hambres que hemos pasado!.. Volvemos sin una perra, y en cuanto que desembarquemos tendremos que ponernos á pedir limosna...

SEÑOR.—¿Es el primer hijo que usted tiene?

REEMIGRANTE.—El segundo, señor. El primero se nos murió antes de emigrar. ¡Y mire usted ahora con lo que sale la costilla!

El señor rico se echa á reír de la ingenua exclamación, coreándole los reemigrantes.

SEÑOR.—¿Y dónde ha estado usted trabajando?

REEMIGRANTE.—En Rosario.

SEÑOR.—En el campo, por supuesto. ¡De bracero!

REEMIGRANTE.—Sí, señor.

SEÑOR.—¡Mala cosa! Poco salario y jornadas de leguas para ganarlo bajo las cataratas de la lluvia.

SEÑORITA (con acento enternecido).—¡Pobre hombre!

REEMIGRANTE.—¡Veo que el señor conoce bien aquello! Unas angustias espantosas, señor. Mal estábamos en la tierra, pero al fin y al cabo era la nuestra. Parece que donde uno ha nacido hasta los árboles le tienen algo de lástima. ¡Pero allí! ¡Ca! ¡Uno se inutiliza, pues otro en su lugar! Y luego muchas veces separados la mujer y yo. Ella también ha estado en el hospital, la pobre. ¡Bien nos engañaron diciéndonos que íbamos á ganar el oro y el moro! A los dos años ya jipábamos por volver. Hemos tardado cuatro en hacerlo. Hasta que dijimos, allá adentro, en aquellos mares de hierba, tan lejos, tan lejos, ¿los conoce el señor?: «¡Aunque sea arrastrándonos, vámonos á un puerto!» ¡Y arrastrándonos llegamos! ¡Y la mujer en ese estado! ¡Lo que hemos padecido sólo Dios lo sabe! Pero ella quería tener el chico en su país. ¡En América, nunca!

El reemigrante se calla, arrollado por su dolor. Todas las angustias pasadas se le han revuelto en el alma. El señor también se ha puesto grave y serio.

SEÑOR.—¡Vaya, hombre, no hay que apurarse! Ahora á olvidar esas agonías. Lo principal es haber escapado con vida.

REEMIGRANTE.—Por mí no me apuro, no, señor. Pero por ella sí, y sobre todo por esa pobrecita que viene al mundo en tan mala hora. Pero es lo que yo digo, que me vea en mi tierra, que Dios me abrirá camino.

Al oír tales palabras, expresando sencillamente tan gran conformidad, el rostro del señor deja vislumbrar un profundo enternecimiento.

SEÑOR.—¿De dónde es usted?

REEMIGRANTE.—De orilla de Lugo.

SEÑOR.—También soy yo de la provincia. Somos paisanos.

SEÑORITA (interviniendo).—¿Y cuándo ha sido usted padre?

REEMIGRANTE.—Hace una hora, señorita.

SEÑORITA.—¿Felizmente para la madre y el hijo?

REEMIGRANTE.—Sí, señorita.

SEÑORITA.—¿Dónde está su mujer de usted?

REEMIGRANTE.—Le han habilitado un camarote de tercera. No faltan buenas almas, señor. El sobre-

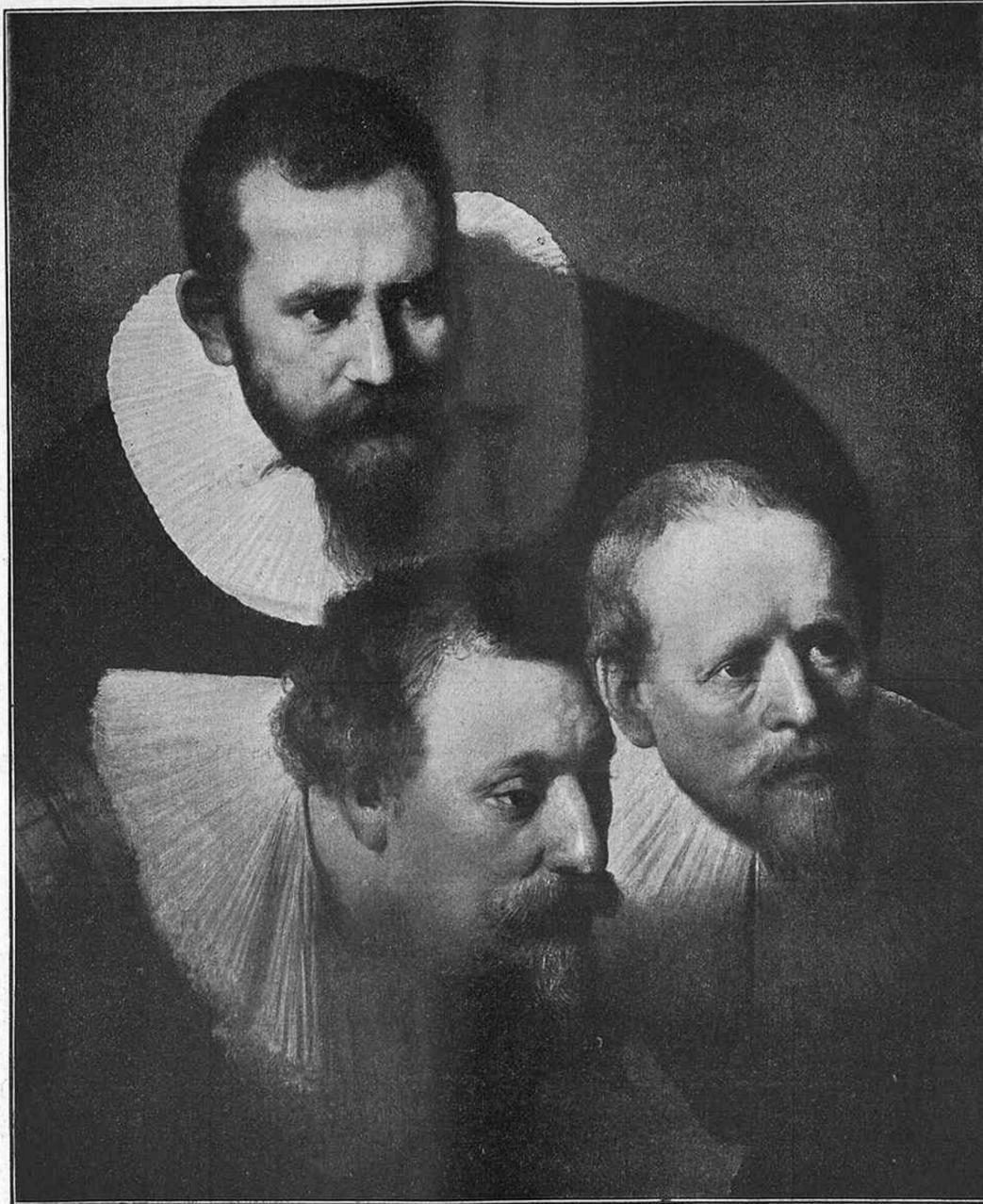
cargo se ha portado como un hombre. Luego, entre todas las mujeres que vuelven con nosotros, no le ha faltado asistencia. Todas han echado una mano. ¡Los pobres se ayudan siempre unos á otros.

SEÑORITA (habla aparte á su padre dos palabras, obteniendo un asentimiento revelado por un movimiento de cabeza).—Vaya, vamos á verla. Guíenos usted y de que la veamos véngase con nosotros á nuestro camarote. Tenemos que hablarle á solas.

El grupo se abre respetuosamente y padre é hija echan á andar seguidos de los reemigrantes.

III

El día de la Virgen de la Asunción, de la poética



FRAGMENTO DEL CUADRO DE REMBRANDT «LA LECCIÓN DE ANATOMÍA» QUE SE CONSERVA EN EL MUSEO DE LA HAYA

Virgen de agosto. El señor y la señorita en su camarote, ella vestida con sus mejores galas, con un traje de fulhard blanco que realza la gallardía de su porte, y un sombrero de paja adornado de flores; él, de levita.

SEÑOR (satisfechísimo).—Has tenido una feliz idea, hija de tu gran corazón, y vamos á celebrar el día de la Virgen como no podíamos ni soñarlo. El de hoy es solemnísimo en nuestra región. No hay pueblo que no cuente con su ermita de la Virgen empingorotada en un cerro, blanca como una paloma y rodeada de castaños. A estas horas, si pudieras descubrir nuestros valles, los verías convertidos en hormigueros de la gente que se encamina á esas ermitas. Y todas poseen su esquillilla que no cesa de repicar. Subiéndose en un globo, por todas partes se oirían los campaneos. Y oirías también gaitas y más gaitas y charangas y vivas. Y no te digo nada la de cohetes, que en Galicia parecen cañonazos. Yo hubiera querido hallarme en mi aldea para esta fecha; pero ya que no ha podido ser, la festejaremos á bordo, haciendo esa gran obra de caridad, prohibiendo á esa niña que ha de llevar su nombre.

SEÑORITA.—La Virgen te ha permitido hacer un capital; tú has sido un emigrante afortunado y ella te ha puesto en su camino á esos desgraciados, precisamente cuando vas á volver á ver tu aldea, para que tiendas una mano á los que partieron como tú y regresan tan pobres como se fueron.

La camarera toca en la puerta, diciendo con regocijo: «Señoritos, les están á ustedes esperando.» Salen

padre é hija. En el pasillo no cabe ni una persona más. Repitiendo la frase del vulgo, si se cayera un alfiler no llegaría al suelo. En primer término una mujer artesana, una reemigrante, vestida con sus trapitos de cristianar, miserables y raídos, pero limpios, llevando en brazos un niño de pocos días, envuelto en finas ropas que ha improvisado el pasaje de primera; junto á ella, el padre, aturdido, embobado, sin saber lo que le pasa, en fuerza de la emoción, hasta sin voz. Las reemigrantes en pelotón, cada cual con lo mejor del ajuar que le quedaba, y confundidas con las infelices, las señoras de la cámara de primera, elegantísimas, de sombrero todas. El capitán del barco, con su levita galoneada, se adelanta al señor tendiéndole una mano y hace una reverencia á su hija.

CAPITÁN.—Todo está preparado para el bautizo, don Justo. El cura aguarda.

SEÑORITA.—¿Qué tal la madre?

CAPITÁN.—¡Calcule usted! ¡Volver en la miseria, tener un hijo en tales condiciones y encontrarse de pronto con que llueve sobre ella una fortuna!

SEÑOR.—¡Vaya! ¡Vamos! *El capitán ofrece su brazo á la señorita y echan á andar; el mar sigue tranquilo, como si quisiera coadyuvar por su parte á la buena obra; el buque apenas cabececa.*

TODOS (un hurra formidable).—¡Vivan los padrinos!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

CARETAS Y NETSUKÉS

Afirma el inteligente japonés M. Gonze que en el llamado Imperio del Sol naciente no ha existido gradación en las manifestaciones artísticas, puesto que todas ellas responden al elevado concepto del gran arte y todas las ramas ó derivaciones se subordinan ante todo á los cánones decorativos aplicados á los usos, á las costumbres y á cuanto constituye y representa la vida de aquel pueblo tan interesante y tan digno de estudio. De ahí la conexión, la unidad que revelan todas las producciones, aun aquellas en que con mayor amplitud campea la fantasía del artista, puesto que todas son objeto de cuidadosa atención y quien las concibe realiza la obra con igual interés, sea cual fuere el uso

que se destinen y la aplicación que se les reserve. Las mil nonadas que en forma de juguetes, abanicos, kakemonos, caretas, netsukés, estuches para pipas, etc., constituyen hoy principalísimo venero para el comercio de exportación, atestiguan la maravillosa fantasía de aquel pueblo, que tan admirablemente interpreta cuanto le rodea, vive y se agita y en forma tan gallarda expresa el sentimiento, avalorando sus creaciones con la precisión de la línea, la belleza de la forma y la armonía de la coloración, presentándose siempre originalísimo y devoto de la simplicidad.

Las caretas ofrecen grandísimo interés, ya que por sus variadísimas y exactas formas de expresión, trasunto fidelísimo del natural, han de estimarse necesariamente como producciones escultóricas y manifestaciones características, quizás las más esenciales y determinadas del arte japonés.

La costumbre de cubrirse el rostro con mascarilla para tomar parte en las ceremonias religiosas, fiestas cortesanías ó representaciones teatrales, remóntase á una época muy lejana, sin que sea posible determinar con fijeza su origen, por más que ha de ser lícito suponer que se deriva y confunde con el de los mitos del panteón indígena. Esto no obstante, cabe afirmar que el uso de las caretas es anterior al siglo XII de nuestra Era, puesto que en el tesoro del templo de Idzuku-Shima consérvase entre otros objetos de peregrina belleza y extraordinario mérito una careta de madera admirablemente esculpida y laqueada que ostenta la fecha de 1173.

Hay que observar dos tipos esenciales de esta clase de producciones, de diversa y antitética aplicación, por más que ambos respondan al mismo concepto artístico: la careta de guerra, de plancha de hierro ó cobre, laqueada en varios colores, representando la faz humana con fantástica ú horrible expresión, que asumía el oficio de la visera, barbote, vista, ventalla y nasal de las celadas europeas y se sujetaba al casco por medio de grandes y fuertes cordones de seda que se anudaban bajo la barba y la cintura para evitar su ladeamiento, y la careta hierática y civil, que tanto sorprenden y admiran por la extraordinaria habilidad de los artistas que las produjeron, ya que no cabe mayor intensidad en la forma de expresión.

Al igual que los griegos propusieron los japoneses acentuar la expresión trágica ó cómica del personaje representado con el auxilio de la mascarilla de madera esculpida y pintada, de manera que causara la impresión del natural, ó bien con tonos convencionales cuando el actor que debía con ella cubrir el rostro tenía á su cargo la representación de divinidades ó genios, en cuyo caso aplicábanse coloraciones tan determinadas como las producidas por el verde, rojo, amarillo y negro, sujetándose en la nuca por medio de cordones de seda.

En el siglo XVI es cuando alcanzó su mayor apogeo la fabricación de caretas, comenzando su decadencia en la siguiente centuria, hasta tal extremo que ya en sus últimos años proscribióse su uso en la escena, substituyendo los actores la mascarilla por medio de afeites.

Varios son los artistas que se distinguieron como habilísimos escultores, sobresaliendo de entre ellos Jinsan, que conquistó justificada celebridad. Exagerados podrán parecer los juicios que se emitan acerca del mérito artístico de las caretas esculpidas en la buena época, que corresponde al mando de Yoritomo, mas justo es consignar que por lo que respecta á la intensidad de la expresión, pocos artistas occidentales han podido igualarse á los escultores japoneses, puesto que supieron representar de modo admirable y con pasmosa exactitud las situaciones más diversas.

Esas caretas consérvanse en los museos y colecciones como verdaderas é indiscutibles obras de arte, aun en el mismo país en que se produjeron. Hoy han sufrido una variación. Destinadas á servir



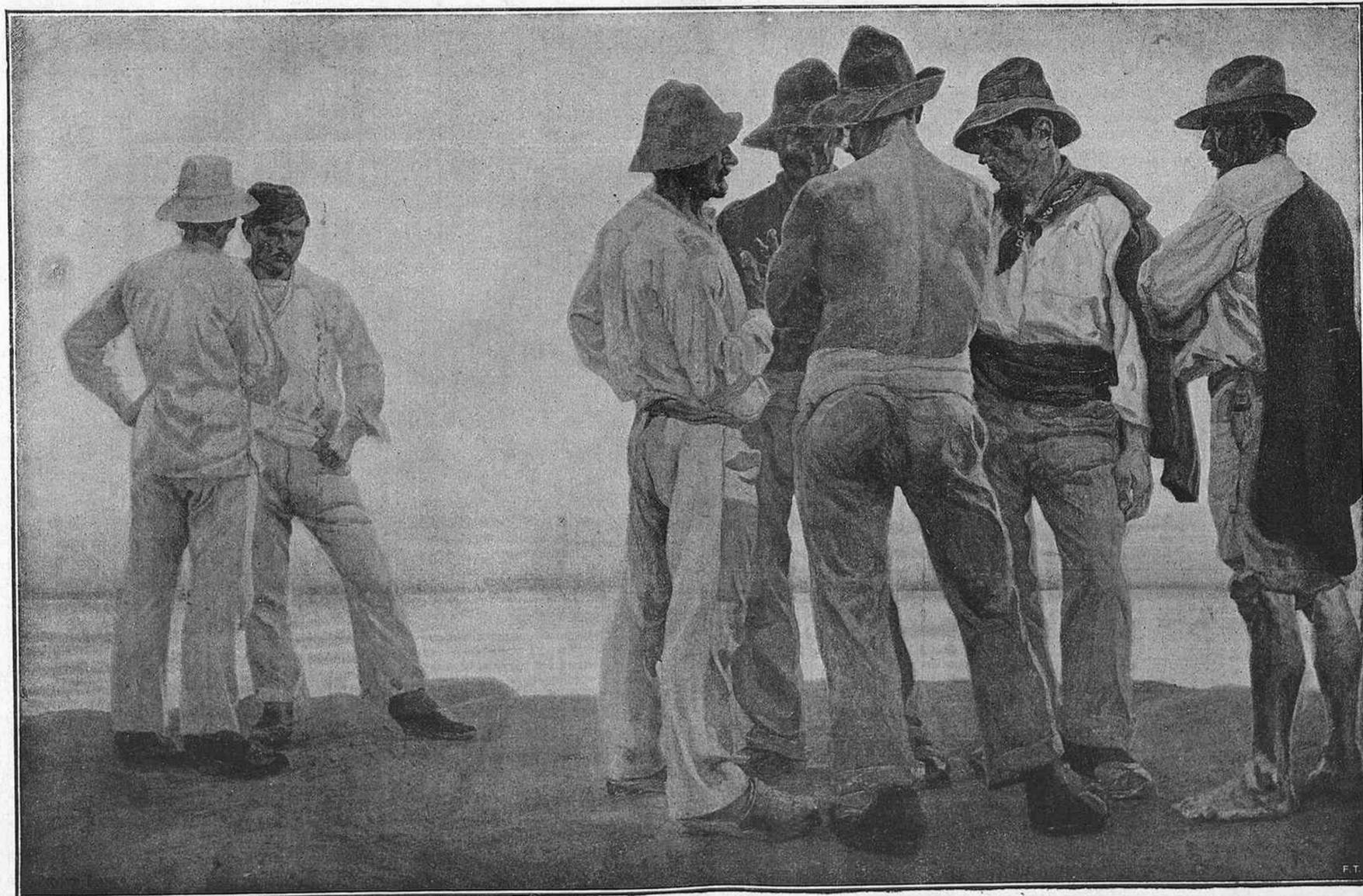
Retrato de la hija de Joaquín Sorolla, pintado por éste

destinados á la exportación, son á modo de reproducciones de los ejemplares de la buena época. De ahí la estima en que se tienen por los aficionados, que las aprecian, con justicia, como producciones artísticas, dignas de ostentar la firma de escultores meritísimos.

Otra manifestación curiosísima de la escultura japonesa son los *netsukés* ó suerte de dijes, que atados á un cordón de seda servían para sujetar al cinturón la tabaquera, el estuche de la pipa, el frasco de la medicina y otros objetos de continuo uso. En esta clase de obras es en donde con más gallardía se revela la inagotable y originalísima fantasía é inventiva de los artistas de aquel privilegiado país y su buen gusto. Afectaban variadas formas y ejecutábanse en diversas materias, ya que existen hermosos ejemplares en laca, coral, porcelana, barro esmaltado, madera, marfil y metal cincelado. Los temas ó asuntos representados hállanse todos inspirados en funciones ó manifestaciones de los seres vivientes, interpretados con portentosa exactitud y fidelidad y con un humorismo ático que sorprende por la intención y delicadeza que revela en quien con tan discreta forma hallaba medio para poner en evidencia defectos que corregir y faltas que castigar. De ahí que pueda afirmarse, sin temor de incurrir en exageración, que algunas de estas obras deben clasificarse entre las más notables producciones escultóricas y que todas ellas merecen detenido estudio por su doble significación.

El uso de los *netsukés* remóntase al período en que pudieron completarse los elementos constitutivos de la indumentaria nacional, mas el propósito de embellecerlos con artísticas labores data de la décimaséptima centuria. Familias de artistas meritísimos dedicábanse á la ejecución de esta clase de obras, en las que brillaba con extraordinaria galanura su inagotable fantasía y rara habilidad. El núcleo existía en Nara, verdadero centro de la producción, y allí residieron el célebre Miva-Shiuzan, Kovin, Tomikaru y otros no menos dignos de aplauso.

El *netsuké* ha perdido su primitivo carácter, y hoy, al igual de lo que acontece con otras producciones, constrúyense reproducciones de ejemplares antiguos destinados á la exportación, ya que á excepción de los campesinos, no tienen aplicación para los habitantes de las ciudades, que van introduciendo en su traje prendas de la indumentaria occidental.—A. GARCÍA LLANSÓ.



Gente de mar, cuadro de Pieretto Bianco. (Exposición de Bellas Artes de Milán.)

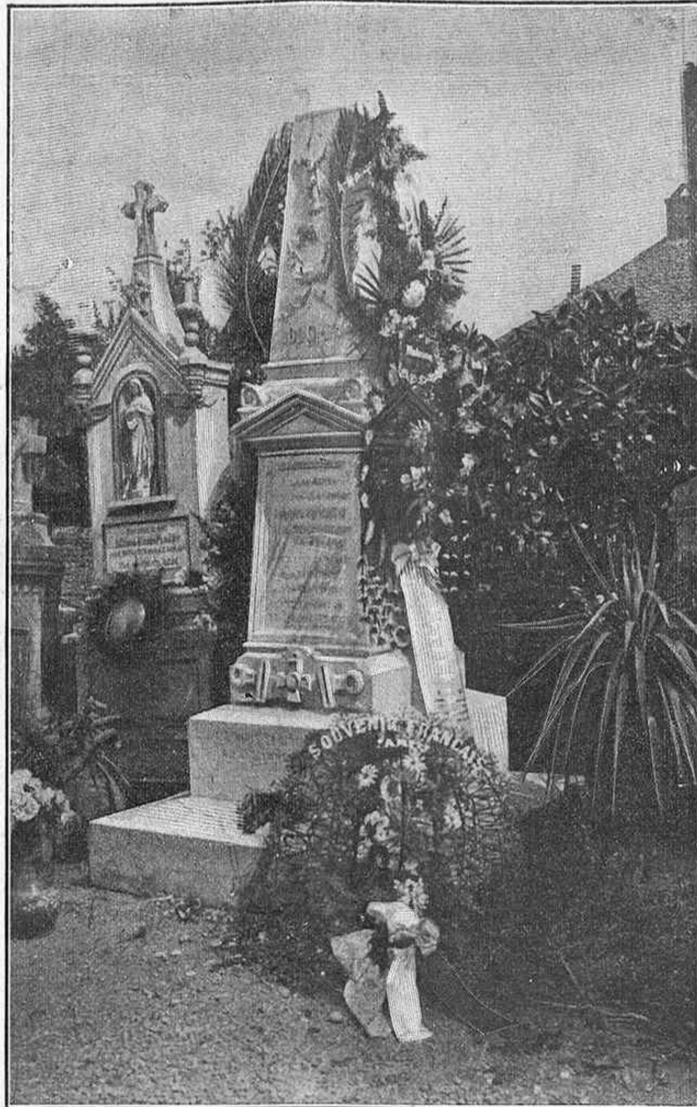
EL MONUMENTO FUNERARIO

DE CHATEAUROUGE

Hace pocos días efectuóse en el cementerio de la pequeña aldea de Chateaurouge (Lorena alemana) la inauguración de un modesto monumento erigido á la memoria de Pedro Monty, primer soldado francés que murió en la guerra franco-prusiana. Monty era carabiniero y estaba de servicio en Schreckling cuando en la tarde del 23 de junio de 1870 fué atacado aquel pequeño destacamento por numerosas fuerzas de infantería prusiana. De sus diez compañeros, ocho huyeron y sólo él y otro llamado Lejust se defendieron heroicamente. Monty, gravemente herido, seguía denostando á los alemanes, quienes lo remataron de un tiro á quema ropa y á culatazos; Lejust recibió diez y nueve heridas y fué dejado por muerto en una zanja, pero pudo volver en sí y escapar y se curó y en enero de 1871 volvió á la guerra, siendo poco después hecho prisionero é internado en Alemania.

Lejust, que actualmente está retirado como sargento de carabineros y que vive en una pequeña aldea del departamento del Mosa, asistió á la inauguración del monumento dedicado á su compañero, siendo objeto de grandes felicitaciones y elogios.

La ceremonia resultó grandiosa en medio de su sencillez. Organizada por la sociedad *Souvenir Français*, á la cual y á las activas gestiones del párroco de Chateaurouge, el padre Fabing, se debe la erección del monumento, asistieron á ella delegaciones de dicha sociedad, que depositaron sobre la tumba una hermosa corona con una cinta tricolor, algunos oficiales de carabineros franceses y varios delegados de sociedades alemanas, unidos todos por un mismo sentimiento de piedad y de admiración hacia el que murió gloriosamente en defensa de su patria.



Monumento erigido en el cementerio de Chateaurouge (Lorena) á la memoria de PEDRO MONTY, primer soldado francés que murió en la guerra franco-prusiana. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^a)

LA CATÁSTROFE DE FOURNEAUX

Un cataclismo ha destruido recientemente casi por entero la aldea de Fourneaux (Saboya), población de

1800 habitantes, situada á un kilómetro de la estación internacional de Modano. A las tres de la tarde del 23 de julio estalló una violenta tempestad que duró cosa de media hora y unas tres horas después oyóse

ligera descripción de los más importantes.

La Duma fué disuelta de modo tan imprevisto, que muchos diputados no se enteraron de ello hasta que al ir al día siguiente, como de costumbre, al pa-



DESTRUCCIÓN DE LA ALDEA DE FOURNEAUX (SABOYA) Á CAUSA DEL DESBORDAMIENTO DEL TORRENTE DEL CHARMAIX. — VISTA DE LA PLAZA DE LA IGLESIA DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^a)

un ruido formidable, como de varios truenos, por la parte del monte Arrondaz que domina la comarca, al mismo tiempo que un alud de agua, fango y piedras enormes caía sobre la aldea arrasando cuanto á su paso encontraba. Los habitantes á duras penas pudieron huir. El torrente del Charmaix, repentinamente engrosado por una tromba de agua, había roto los bordes de la hendidura que forma su lecho y se precipitaba en el valle junto con las rocas y las tierras arrancadas.

La guarnición de Modano, reforzada por otras tropas, acudió al sitio de la catástrofe realizando muchos actos de abnegación y de heroísmo, gracias á los cuales no hubo que lamentar ninguna desgracia personal. En cambio los daños materiales han sido de mucha consideración, pues han quedado devastadas más de 200 hectáreas de tierra y destruidos 50 edificios, entre ellos dos importantes fábricas, una de aserrar maderas y otra de pasta para papel.

El alud destruyó, además, un kilómetro de la vía férrea internacional, quedando, por consiguiente, interrumpidas por aquel lado las comunicaciones entre Francia é Italia, que tardarán un mes por lo menos en restablecerse.

LA REVOLUCIÓN EN RUSIA

Malos vientos corren de algún tiempo á esta parte para el imperio ruso, en donde la revolución toma cada día mayor incremento. Los dos partidos extremos prosiguen implacables la terrible lucha emprendida y la Duma, en la que tantas esperanzas se habían cifrado, ha sido causa de nuevos y gravísimos conflictos, puesto que su disolución, decretada por Nicolás II en ukase de 21 de julio último, ha recrudecido la agitación revolucionaria y ha dado pretexto á los exaltados y á los intransigentes para decir que el régimen constitucional es incompatible con el gobierno del zar.

Son tantos los graves sucesos acaecidos en estos últimos días que sólo podremos dar una

lacio de la Taurida, en donde aquélla celebraba sus sesiones, se encontraron con que la policía les impedía entrar en él.

La mesa de la Duma, en vista de ello, invitó á los miembros de la asamblea á reunirse en Viborg (Finlandia) y allí fueron efectivamente ciento ochenta y seis diputados acompañados de un centenar de amigos y periodistas. Reunidos aquéllos en el hotel del Belvedere, después de deliberar en secreto, acordaron dirigir al pueblo ruso un manifiesto que, redactado inmediatamente por una comisión de seis individuos, fué aprobado por aclamación. En dicho manifiesto se exponen sucintamente los trabajos realizados por la Duma y los que tenía en preparación, se señalan los males que el gobierno puede causar á Rusia durante el período de siete meses que ha de transcurrir hasta las nuevas elecciones y se excita al pueblo á que se niegue á pagar los impuestos y á dar soldados para el ejército.

Grande ha sido el efecto que en Rusia ha producido ese documento, pero mayor lo ha causado aún el del grupo del trabajo y de los demócratas socialistas de la disuelta Duma dirigido al ejército y á la marina á los que aquél aconseja la desobediencia, la indisciplina y la rebelión. Esa proclama esencialmente revolucionaria se imprimió y distribuyó secretamente y ha comenzado á dejar sentir sus efectos primero en Pottava, en donde se amotinó un regimiento que pudo ser sometido rápidamente, y luego en Sveaborg, pequeña isla situada en el golfo de Finlandia, á pocos cables de distancia de Helsingsfors. La sedición que allí ha estallado ha sido realmente grave; iniciada por

una compañía de ingenieros y algunos artilleros que se apoderaron de los fuertes avanzados y de la fortaleza principal, no tardó en ser secundada por otras tropas y por la población civil, especialmente por la

obediencia y desembarcados en Reval para ser sometidos á un consejo de guerra.

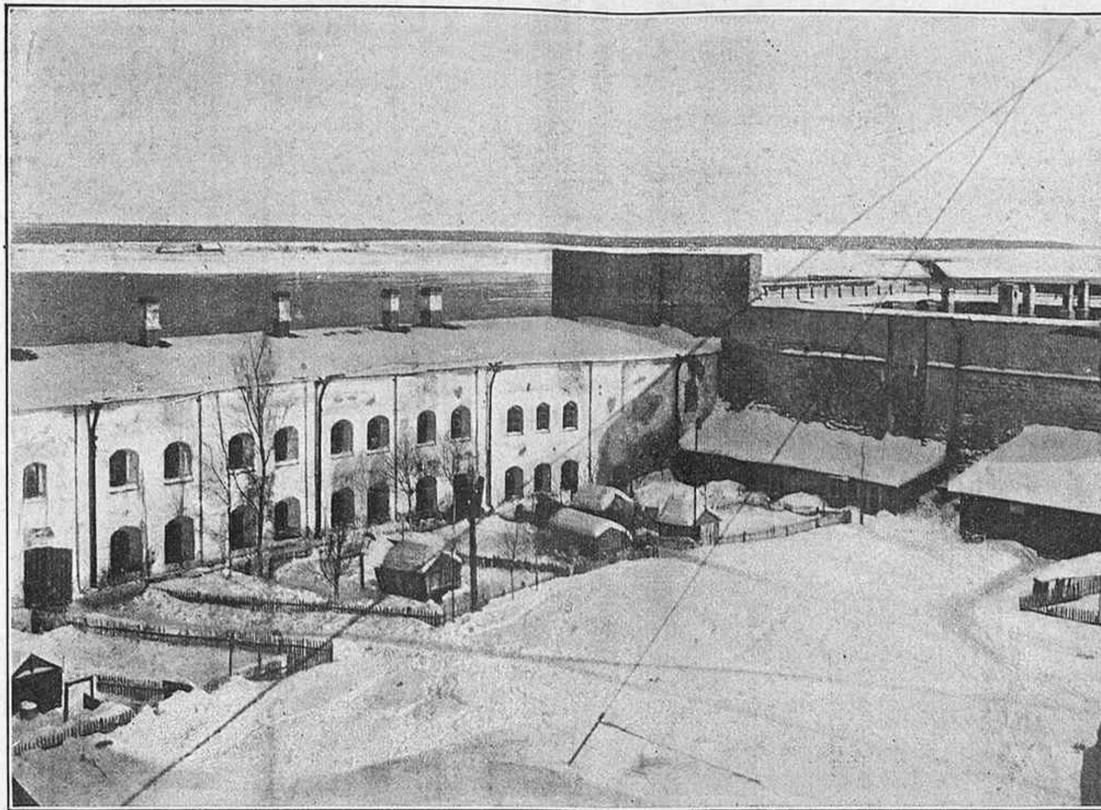
También en Cronstadt se sublevaron algunos marinos; sin embargo la rebelión no tomó pie gracias á la energía con que procedieron á reprimirla las autoridades militares.

En Helsingsfors ha sido asesinado el diputado de la Duma, Herzenstein, israelita riquísimo, afiliado al partido de los demócratas constitucionales; el asesinato, que se supone realizado por la policía, ha exasperado á los revolucionarios, quienes se proponían hacer una gran manifestación con motivo de su entierro. El gobierno, para evitarla, dispuso que Herzenstein fuese enterrado en Terioki, en vez de serlo en Moscou; esto no obstante, la ceremonia del sepelio ha sido imponente, habiendo concurrido á ella una multitud inmensa, compuesta de estudiantes de ambos sexos con banderas rojas y negras, de obreros, de diputados y de intelectuales.

San Petersburgo y Moscou están amenazadas de una huelga general que ha sido proclamada por los comités obreros socialistas y revolucionarios y que ha comenzado por varias huel-

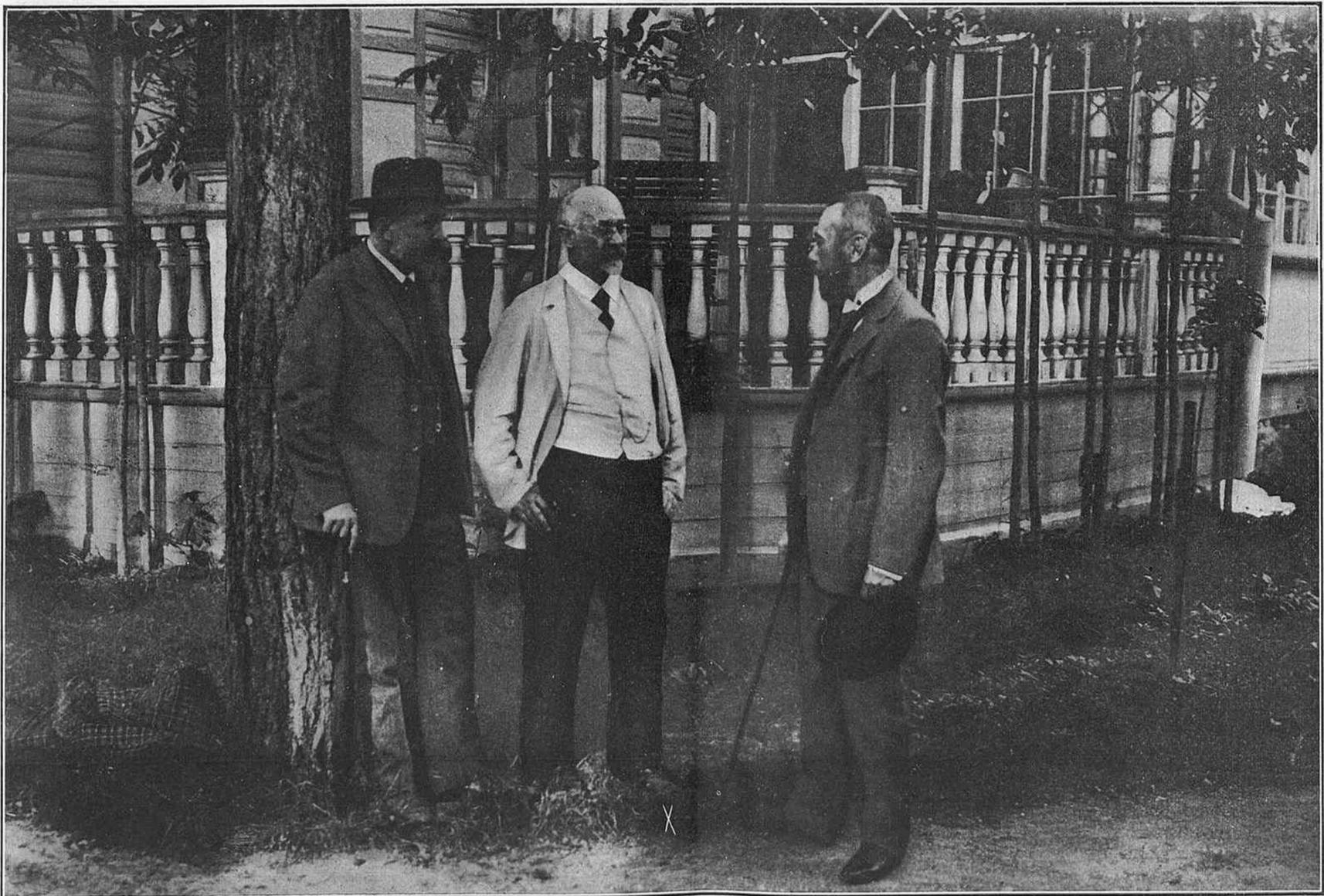
gas parciales. Las de San Petersburgo, sin embargo, no han tomado gran incremento; tanto es así que el número de huelguistas, que el primer día era de 81.000, quedó reducido, al día siguiente, á 48.000. En Moscou es cada vez mayor la agitación revolucionaria.

Y si á todo esto agregamos los continuos atentados contra personalidades constituidas en autoridad, bien podremos afirmar que la situación de Rusia justifica los mayores pesimismos sobre la suerte del Imperio de los zares.—R.



La revolución en Rusia.—El fuerte de Sveaborg en donde han luchado encarnizadamente los revolucionarios durante tres días. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

llamada «guardia roja» que proclamó la huelga general en Helsingsfors y destruyó el ferrocarril entre esa ciudad y Abo. La lucha entre los rebeldes y las fuerzas leales, auxiliadas por algunos buques de guerra, ha durado tres días, habiendo sido totalmente dominada la sedición. Una parte de la tripulación del crucero *Pamiat Azova* se amotinó dando muerte al comandante del buque y á varios oficiales y marineros, y uniéndose á las tropas de tierra sublevadas; pero á los dos días los amotinados fueron reducidos á la



La revolución en Rusia.—El diputado Herzenstein (x) en el bosque de Terioki, cerca de Viborg, dos días antes de ser asesinado (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



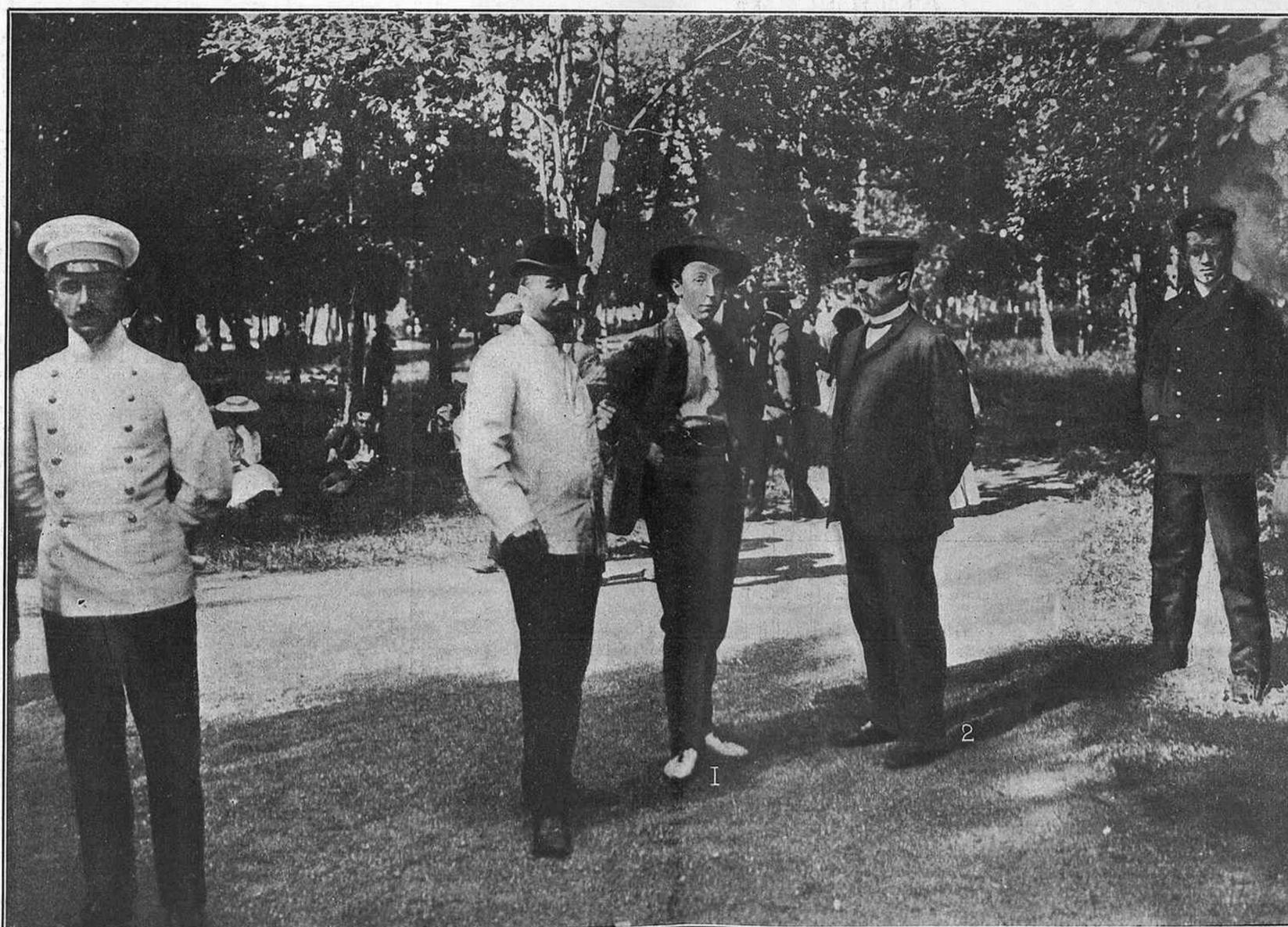
La policía impidiendo á los miembros de la Duma la entrada en el palacio de la Taurida al día siguiente de la disolución de aquella asamblea



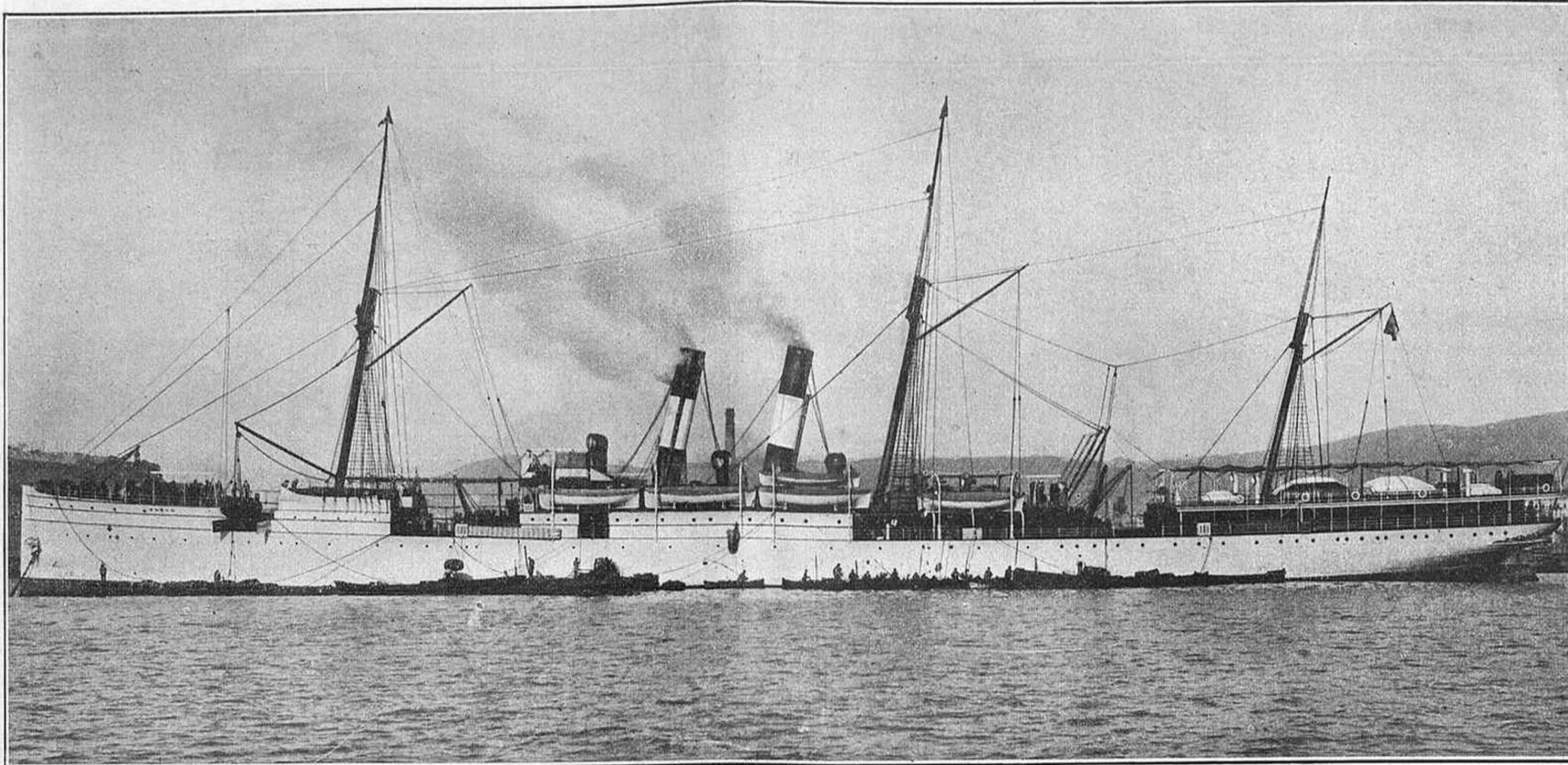
Llegada de los miembros de la Duma á Viborg (Finlandia) el 22 de julio último



Los miembros revolucionarios de la Duma reunidos en el bosque de Terioki, cerca de Viborg



Juan Kock (1) y Notinen (2), jefes de la llamada «guardia roja» finlandesa que ha ayudado poderosamente á los insurrectos de Sveaborg



EL VAPOR «SIRIO», DE LA COMPAÑÍA «NAVIGAZIONE GENERALE ITALIANA», QUE NAUFRAGÓ EL DÍA 4 DE LOS CORRIENTES EN EL CABO DE PALOS (CARTAGENA)
(De fotografía de A. Merletti.)

EL NAUFRAGIO DEL VAPOR «SIRIO»

El día 4 de los corrientes, á las cuatro de la tarde, naufragó en los bajos de las Hormigas, cerca del Cabo de Palos, el grandioso transatlántico *Sirio*, de la compañía «Navigazione Generale Italiana», que el día antes había hecho escala en Barcelona procedente de Génova.

Nadie se explica ese naufragio, ocurrido en pleno día, con mar tranquilo y en unos bajos que conocen perfectamente to-

su situación, proporcionándoles toda clase de auxilios y abriendo suscripciones para socorrerles.

El *Sirio* era un vapor de 4.141 toneladas, que medía 380 pies de eslora, 42'1 de manga y 33'6 de puntal. Había sido construido en Glasgow en 1883 y recientemente se habían hecho en él importantes reformas. Su máquina desarrollaba una fuerza de 5.012 caballos. Mandábalo el capitán Piconer que ha hecho más de cien viajes redondos á la América del Sur y cuya brillante hoja de servicios hace tanto más incomprensible

MONUMENTO Á D.^a CONCEPCIÓN ARENAL

(Véase el grabado de la página 535)

Hace algunos años falleció en Vigo la insigne pensadora D.^a Concepción del Arenal, cuyos restos han permanecido desde entonces depositados en un modesto mausoleo en el cementerio de aquella ciudad.

Recientemente el Ayuntamiento viguense, considerando deber de patriotismo dar á aquellos restos una sepultura digna de la ilustre autora del «Manual del visitador del polbre», de los «Estudios penitenciarios», del «Ensayo sobre el derecho de gentes» y de tantos otros libros que son la admiración de propios y extraños, encargó al arquitecto D. Benito Gómez Román el proyecto de mausoleo que ha de erigirse en la nueva necrópolis y que reproduce el grabado de la página 535. El modelo que ha servido para la fotografía ha sido ejecutado por el escultor portugués José Carballo.

Dentro de poco comenzará la ejecución de esa obra, con la cual la ciudad de Vigo ha demostrado que sabe cumplir su deber elevando á sus expensas ese soberbio monumento á una de las más grandes y legítimas glorias de Galicia y de España entera.

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 521, 524, 525 y 536)

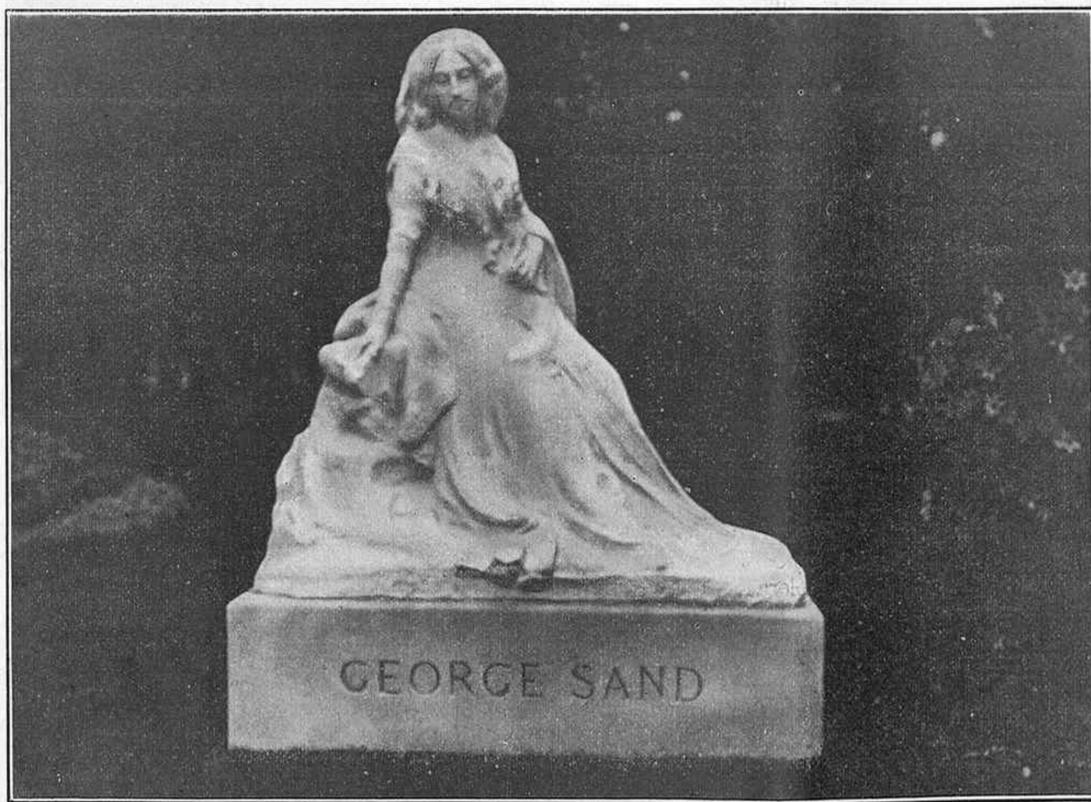
Fragmento de un relieve para el monumento á Mazzini, obra de Héctor Ferrari. — A juzgar por esa muestra, la obra artística de Ferrari será tan grandiosa como lo fué la obra política en que tanta parte tuvo el famoso revolucionario italiano á cuya memoria se erige el monumento. El grupo de esas gentes que, acudilladas por la Revolución, avanzan hacia la consecución de su ideal arrollando cuanto se opone á su paso triunfante, tiene un movimiento y una vida que subyugan, y está compuesto y ejecutado tan magistralmente, que nos parece adivinar en cada figura un sentimiento y en cada gesto una pasión que sólo los grandes artistas saben imprimir en la materia inanimada.

Fragmento del cuadro «La lección de anatomía» de Rembrandt. — Rembrandt figura entre los primeros pintores del mundo y su lienzo *La lección de anatomía* se considera como una de sus obras más admirables. ¿Qué más podemos decir en elogio del fragmento de ese cuadro que reproducimos? La profunda impresión que sentimos al contemplarlo constituye su mejor alabanza.

Retrato de la hija de Joaquín Sorolla, pintado por éste. — En el número último nos ocupamos extensamente del ilustre artista, autor de ese hermosísimo retrato; nada hemos de añadir hoy á lo que allí se dijo y únicamente felicitaremos una vez más al gran maestro por esa obra digna de colocarse al lado de las mejores en su género por él producidas.

Gente de mar, cuadro de Pieretto Bianco. — Es una nota arrancada de la realidad misma y trasladada al lienzo con habilidad suma. Esos hombres son hombres de mar; junto al mar han nacido, en él se han criado y de él sacan su subsistencia; no es posible confundirlos con otras gentes, y aunque el pintor no los hubiese situado en la playa, necesariamente habríamos de reconocerlos por lo que son. Cuando un artista consigue este resultado, bien puede estar satisfecho de su obra.

Sueño inocente, cuadro de W. Llewellyn. — El tema de la maternidad es inagotable para el arte, y aun siendo tan gastado, es de los que con más deleite se contemplan cuando el artista acierta en el modo de presentarlo á nuestros ojos. Ese acierto lo ha tenido el pintor inglés Llewellyn y de aquí que su cuadro nos produzca esa emoción dulce que llega hasta lo más hondo de nuestra alma.



MONUMENTO Á JORGE SAND, RECIENTEMENTE ERIGIDO EN PARÍS EN LOS JARDINES DEL LUXEMBURGO
(De fotografía de Hutin, Trampus y C.^a)

dos los marinos; y menos puede explicarse que en tales circunstancias y á 1.400 metros de la costa el naufragio fuera una verdadera catástrofe, sobre todo teniendo en cuenta que el buque no se hundió de repente ni del todo, pues quedó con la proa al aire, y que desde los primeros momentos acudieron multitud de embarcaciones á salvar á los naufragos. A pesar de esto, de las 900 personas que entre pasajeros y tripulantes iban en el *Sirio*, perecieron unas 300. Algunos de los que se han salvado atribuyen la culpa de ello á la falta de serenidad del capitán que, según dicen, fué el primero en abandonar el barco, con lo que el pánico se apoderó del pasaje, ocurriendo gracias á esto el número inmenso de desgracias que en otro caso habrían podido evitarse.

La mayoría de los pasajeros eran emigrantes italianos y españoles que se dirigían á la América del Sur.

En los trabajos de salvamento se distinguieron en primer lugar los patronos del paillebot *Joven Miguel* y del laúd *Vicente Lecombe*, que dando pruebas de verdadero heroísmo salvaron á centenares de naufragos; también salvó muchos el vapor francés *Marie Louise*.

Los naufragos han sido recogidos en Cartagena, cuyas autoridades y habitantes han rivalizado en hacer menos aflictiva

su conducta en ese naufragio, en el que por su escasa presencia de ánimo han perecido centenares de infelices, mientras él ha quedado con vida.

MONUMENTO Á JORGE SAND

El día 29 de julio último inauguróse en París ese sencillo y hermoso monumento dedicado á la famosa novelista que apenas si es conocida por su nombre verdadero de Armandina Dupin, condesa Dudevant, y que, en cambio, se ha inmortalizado bajo el seudónimo de Jorge Sand.

El monumento, erigido en el jardín del Luxemburgo, en París, es de mármol blanco y en él está representada la ilustre escritora en actitud melancólica y reflexiva, que responde perfectamente á su modo de ser y á las vicisitudes de su existencia, como responde á la poesía de sus sentimientos y de su amor á la naturaleza la belleza del sitio en que ha sido instalado.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin.
VIOLET, 20, B⁴ ITALIENS, PARIS.

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Pensaba á veces marcharse sola llevándose un buen fajo de billetes de Banco; pero Gervasio no era hombre de dejar á la vista papeles de ese género.

Por fin, en los últimos tiempos, Bella creyó que había sufrido bastante para afrontar el escándalo; se persuadió de que su amor á Jacobo podía salvar todos los obstáculos y decidió ir á él ya que él no venía.

Gervasio seguía riendo y preguntando noticias del cartero, del notario y del cura. Ella, entre tanto, buscaba los medios de realizar su plan.

Un día vió pasar á Berta y se le ocurrieron ideas que creyó ingeniosas.

Era legendario que aquella mujer se arrojaría al fuego por Jacobo, y, con más razón, se encargaría de todas las misiones que pudieran agradaerle y de darle las cartas que hubieran de causarle placer.

Era aquel un mensajero seguro y confidencial, y Arabela se prometió bajar al camino y detenerla la primera vez que la viera pasar. Tanto peor si alguien sorprendía la conversación... En primer lugar no tenía en sí nada de sospechosa, y además estaba decidida á todas las audacias...

Pero Berta no volvió á parecer durante tres días.

Por fin, al cuarto, á eso de las cinco, la miserable, con el cabello lleno de hierba y arrastrando los zuecos, se presentó junto á los muros de Valroy, que seguían siendo sagrados para ella. Allí vivía un fantasma, la infancia de Jacobo.

Levantó la cabeza y vió á Arabela; su negra cara se contrajo al ver á su peor enemiga y cerró los puños, pero, con gran sorpresa suya, la joven se inclinó sobre la barandilla y le gritó:

—Espere usted, tengo que hablarla; ya bajo.

La anciana campesina, intimidada á pesar de todo por aquella orden, se quedó inmóvil.

Berta esperó, pero mascullando por lo bajo vagas amenazas hacia la mujer de los ojos verdes. Bella se acercó rápidamente, escondiéndose con la pared para no ser vista, é hizo seña á Berta para que se acercase; después inspeccionó el camino de una ojeada.

La joven tomaba precauciones á pesar de su aspecto de bravura, no enteramente exenta de temor por el salvaje de su esposo. Por fin dijo muy de prisa:

—Berta, ¿quiere usted complacer á Jacobo?

Al oír ese nombre, á pesar de su desconfianza, la cara de la vieja se iluminó de ardiente pasión y dijo: «sí» con la cabeza, sin hablar.

—¿Quiere usted llevarle una carta mía?

Berta retrocedió y, también por señas, sin una palabra, dijo: «¡No!» Había tenido tiempo de reflexionar. Arabela, despechada, preguntó:

—¿Por qué?

Y la vieja, con los labios babosos, la mandíbula contraída y el cuerpo inclinado como si quisiera morderla, le dijo en la cara con voz ronca y furibunda que se oía de lejos:

—¿Por qué? Porque eres el diablo y no sabes más que mentir y hacer daño; porque bastante ha sufrido por tu causa para que la cosa siga adelante. Una carta tuya es un papel que apesta á traición. ¿Qué más quieres cogerle? Tienes su castillo, el cuarto en que ha nacido, sus tierras, sus bosques, todo su patrimonio; tienes su corazón, que has hecho pedazos; ¿quieres su cerebro?.. No es seguro que sea suyo todavía. Pero no cuentes conmigo para entrar en su casa; la puerta está guardada; hay un perro, que soy yo.

Y dejando á la señora de Piscop-Carmesy estupefacta y aturdida por tal acogida, la mujer de Garnache se fué gesticulando y dando zancadas por el camino. Berta gruñía:

—Hubiera debido tirarle piedras, como hace cinco años...

Arabela subió los escalones lentamente y muy pensativa. Decididamente, no la amaban; por una vez que quería vengarse, la cosa le salía mal. Los dioses protegían á Piscop.

Pero, por muy poco tiempo que había pasado en el camino recibiendo los pipos de aquella vieja, había sido vista y aquella intentona abortada iba á tener consecuencias como si fuera un crimen realzado.

Serían las seis y ya caía la noche, cuando Gervasio volvió al castillo en su caballo negro y látigo en mano, después de haber pasado la tarde inspeccionando sus tierras.

Ya llegaba, cuando se cruzó en el camino con un labrador, que iba con su horquilla al hombro hacia la aldea. Aquel hombre dijo al pasar:

—Buenas tardes, señor Gervasio.

—Buenas tardes.

Pero el aldeano insistió:

—Buen día hemos tenido... Ya he visto á la señora.

Piscop tiró de las riendas, y sospechando que debajo de aquel cumplido podía haber alguna guasa, preguntó:

—¿Qué señora?

—La de usted.

—¿Dónde?

—Allí, en el camino..., estaba hablando con la Garnache.

—¿Berta?

—Sí, Berta.

Gervasio soltó un sordo juramento, pero después, aparentando calma, respondió:

—Buen provecho les haga. Buenas tardes.

Gervasio volvió las riendas y se alejó. El espía voluntario se quedó riéndose silenciosamente. Piscop pensaba:

—Ahora habla con Berta esa loca... ¿Qué estarán fraguando las dos? Esto es nuevo..., hay que ver.

Trescientos metros más allá, una criada de la granja desembocó por una senda, conduciendo las vacas; el caballo de Gervasio se asustó en la penumbra, sorprendido por aquel rebaño, y su dueño le sujetó vivamente; después interpeló á la muchacha:

—No sabes siquiera conducir las vacas..., ten cuidado, idiota.

Pero la idiota, mientras reunía su ganado, murmuraba palabras confusas:

—Se conduce como se puede... No haría usted mal de guardar mejor á su gente...

—¿Qué estás diciendo?, respondió Gervasio deteniéndose por segunda vez.

—Nada..., se ve lo que se ve; se sabe lo que se sabe...

Y cambiando de tono como si sus nuevas palabras no tuviesen relación con las precedentes, añadió:

—He visto á su señora de usted hace un momento.

—¿Tú también?

—Se ha estado cerca de una hora hablando con la mujer del guarda... Parece que tenían muchas cosas que decirse...

—Sí, ya lo sé, respondió Gervasio.

No quería confesarlo, pero la cólera le ahogaba. Siguió andando.

No hacía cinco minutos que trotaba por el camino, cuando oyó detrás de él el paso de otro caballo. Una voz que le llamaba le hizo volver la cabeza, y reconoció á su hermano Anselmo.

—Gervasio...

—¿Qué quieres?

—Espérame; te andaba buscando.

Cuando estuvieron juntos, Anselmo explicó en voz baja:

—Escucha; no me gustan estas comisiones, pero el honor de la familia ante todo. Me acaban de decir que Arabela ha hablado largo rato, hace un momento, con Berta, ya sabes, la nodriza del vizconde y su sirvienta adicta. Parece que no es la primera vez que lo hace. Ten cuidado, porque eso no me huele bien. Presumo que hay más correspondencia de la que tú crees entre Valroy y Reteuil. Mucho ojo...

—Gracias, dijo Gervasio, que esta vez sentía impulsos sanguinarios; lo sabía ya, pero gracias de todos modos.

—No hay de qué, respondió el hermano; es un servicio que te presto.

Volvió las riendas y se fué satisfecho.

Una vez solo, Gervasio puso el caballo al paso y reflexionó. Así, pues, gracias á Arabela, se burlaban de él en la comarca; todo el mundo, su familia, sus criados y los campesinos, se guaseaban con él y bromeaban sobre su aventura.

En efecto, la cosa debía de ser cierta; Bella estaba demasiado tranquila para no maquinarse algo. Y él, el imbécil, que se creía tan seguro y no sospechaba nada... Pues bien, su mujer iba á ver quién era él.

—Ah, señora marquesa! Se cree usted demasiado gran dama para tener nada que temer... ¿Sí? Pues vamos á ver eso.

Dió un espolazo, soltó las riendas y salió á galope tendido, impaciente por presentarse como un vengador ante aquella culpable.

La culpable no sospechaba nada; su conversación, si así podía llamarse, con Berta Garnache, había sido tan rápida que no podía figurarse que nadie la hubiera sorprendido.

Bella vió llegar á su amable esposo sin la menor aprensión. Traía un aspecto agresivo y furioso; pero, como era lo habitual, no hizo de ello ningún caso.

Al echar pie á tierra, Gervasio se preguntaba cómo iba á proceder en sus acusaciones, y creyó de buen tono empezar por la ironía, en la que se creía una especialidad, lo que era una de sus debilidades.

Se mostró descuidado y tranquilo, papel en el que resultaba todavía más irritante. Arabela se puso pronto nerviosa y frunció las cejas. El marido dijo:

—¿Cómo va, hermosa mía? Veo que te brillan los ojos... ¿Has pasado un día feliz?.. ¿Has visto pasar al?..

—¡Déjame en paz!, dijo Bella con impaciencia; eres insoportable con tus estribillos; se te debía ocurrir otra cosa.

—Espera, espera; hoy tengo novedades.

Bella, ya inquieta, se estremeció.

—¿Qué casualidad! ¿Cuáles son?

—Mucha prisa tienes...

Pasaba un criado y Gervasio se calló. Cuando estuvieron solos, se plantó delante de ella y le preguntó mirándola á los ojos:

—¿Qué has hecho esta tarde?

—¿Yo? Nada, como de costumbre. Ya sabes que no salgo de aquí. ¿Para qué?.. Además, no quiero cansar á tus espías.

Gervasio, entonces, estalló.

—Pues bien, mis espías aseguran que has salido esta tarde; no muy lejos, al camino, al lado del terrado.

Arabela palideció al ver venir el drama.

—Es posible..., pero no se trata de un acto tan importante que te dé derecho á pedirme cuentas.

—Eso depende de las apreciaciones. ¿Qué tenías que decir á Berta?

Sintiéndose cogida, furiosa por estarlo y cansada de sumisión aún fingida, Bella, á su vez, se puso violenta.

—Si trata usted, señor mío, de buscarme una que-rella más, no le responderé. Esto es completamente estúpido... Si no puedo siquiera decir dos palabras á una mujer del país...

—¿No me respondes? ¡Cuidado! Esa mujer del país es la nodriza de Jacobo; vas á decírmelo todo, lo quiero..., ó si no...

—¿Si no, qué?

Bella le desafiaba frenética y tan hermosa en su enfado, que Gervasio se quedó deslumbrado y lleno de amarga pena por no ser amado por tal mujer; al pensar que amaba á otro, una furiosa rabia de celos le mordió en el corazón y le volvió loco.

—Si no, te aplastaré con estos dos puños y pisotearé tu linda persona con mis zapatones de campesino... Pero vas á responderme, y ahora mismo...

La cogió del brazo y la levantó del suelo, tan grande era su fuerza; ella le insultó, convulsa y retorcida:

—¡Bruto, cobarde, bandido!.. Sería una delicia engañarte, patán...

Todas sus palabras eran bofetones que él recibía en plena cara.

Gervasio le puso la mano en la boca para cortar los insultos, pero ella le dió tal bocado, que el hombre soltó su presa y retrocedió dando un grito de dolor.

Levantó el brazo y ella vió venir la muerte, pero no se movió. Aquel brazo, sin embargo, cayó sin tocarla; Gervasio, con la cara morada, se ahogaba. Se

arrancó el cuello y la corbata, y anheloso y grotesco, se quedó mirándola con expresión estúpida. Bella se aprovechó de aquella impotencia momentánea.

—¡Cuidado, señor mío!.. Hay gendarmes... No se mata á la gente sin ser molestado... Creo que para los dos se ha llenado la medida. Lo mejor y lo más digno es separarnos. Se lo propongo á usted; acepte pronto.

Gervasio volvía en sí y recobraba el aliento, todavía hiposo, pero su cólera se calmaba. El marido murmuró:

—¡Me estás matando!..

Bella se echó á reír, juzgándole vencido y ya sin cólera. La tempestad se alejaba y con ella el peligro.

Aquella risa le dejó estupefacto; no comprendía á las mujeres y encontró superior y admirable á la suya. Además, recordaba una frase de su serie de ultrajes: «Sería una alegría engañarte,» y aquel condicional le tranquilizaba. En su furia, Bella no podía haber mentido; luego no había nada todavía..

Arabela seguía riendo con una risa aguda que hacía daño y que él, que jamás la había comprendido, creía sincera. Gervasio balbució:

—Pero, en fin, ¿qué es lo que quieres?

Bella triunfó; los papeles se cambiaban.

—Es muy sencillo, divorciarme.

Gervasio se encogió de hombros.

—¿Tú dices eso...?

—Lo digo porque lo pienso. Escucha: me he casado contigo, bien lo sabes, para ser rica. Me habías prometido de lejos mil ventajas, y no has cumplido ninguna de tus palabras. Soy más pobre que nunca y estoy además sujeta, prisionera y rodeada de espías, lo repito. ¿Cuál es mi vida? ¿Es esto vivir? Como, bebo y duermo, es verdad... ¿Pero qué más? Estoy enclaustrada en este castillo, en el fondo de esta provincia, sin afecciones, sola conmigo misma y sin esperanza de cambio.

Gervasio murmuró:

—Exageras...

—No, por cierto. Puesto que se me rehúsa todo lo que había creído obtener por mi matrimonio, tengo el derecho moral de romper la alianza; y desde hace un instante, tengo el derecho legal. Acabas de pegarme.

Con aspecto de enfado, frotándose el dedo como un niño rencoroso, Gervasio replicó:

—Tú me has mordido..., estamos en paz.

—Ha sido después, para defenderme... Ahora bien, las vías de hecho legitiman el divorcio; y las ha habido.

—Nadie lo ha visto, objetó Gervasio con astucia.

—¿Estás seguro? Hace un momento he dicho tres palabras á Berta y una hora después lo sabías, porque me habían visto... No dudes que alguien ha visto la naturaleza de nuestra conversación... Yo me encargo de buscar los testigos...

Piscop miró alrededor, investigando las sombras. Tenía un aspecto tan lastimosamente grotesco, que Bella estaba encantada. Gervasio preguntó por fin:

—¿Cómo vivirás divorciada?

—En primer lugar, tengo la casa de mi padre...

Piscop movió la cabeza:

—Lo que es ese...

Pero ella le interrumpió resuelta:

—Y después no importa cómo...

Y añadió resplandeciente de orgullo:

—Una mujer como yo, encuentra siempre un asilo.

Los dientes de Gervasio rechinaron y exclamó:

—Cállate; todavía eres mi mujer...

—Bueno, respondió Bella, no vayamos á volver á empezar. Esos modales pueden pasar una vez. Está dicho; nos divorciamos.

Y respiró violentamente, como aliviada de un gran peso. Gervasio vaciló, y después se negó, descubriendo cándidamente su alma:

—No, no quiero; habría que devolvarte tu nombre, y eso jamás. Soy Carmesy, y seguiré siéndolo.

—Eso es todo lo que te detiene..., dijo Bella admirada al ver que la tenía tan poco en cuenta.

Gervasio replicó:

—No, hay otra cosa...

—¿Qué? Anda, puedes decirlo todo...

—Tengo miedo de que te vayas á buscar á Jacobo.

—¿No hay nada más?

Gervasio se quedó pensativo y dijo muy bajo:

—Puede que no sea todo...

—¿Qué hay más?

Piscop la miró con fijeza y respondió:

—Nada..., te pondrías demasiado contenta...

Bella vió la victoria é insistió con su encanto diabólico y sus maneras de los grandes días, cuando quería seducir. Gervasio, vencido, bajó la cabeza y confesó:

—Hay tu persona... Puesto que estamos dándonos explicaciones, ¿crees que no sufro yo también un po-

co?.. Si hubieras querido, la casa sería tuya... Pero desde el primer día, y aun antes, he comprendido que no te casabas conmigo más que por el interés. No tenías inconveniente en decírmelo. Por eso no he cumplido mis promesas y he sido muchas veces duro contigo. Si hubieras aparentado un poco de amistad por mí, no hubieras tenido más que hablar para ser servida, á pesar de mi familia, de mis padres y de todo lo demás... Pero me has tratado como un lacayo, como un Piscop... Y te he devuelto golpe por golpe, maldad por maldad, desdén por desdén. Esta es toda la historia... Acuérdate de nuestra primera noche de boda.

Bella se sonrojó é hizo un gesto para rechazar aquel recuerdo.

Gervasio continuó:

—Trata una vez de ser menos gran dama... un poco menos altanera conmigo, y creo que ganaremos los dos.

Bella le escuchaba encantada y sin pensar ya en Jacobo, puesto que el déspota abdicaba... Su respuesta fué más condescendiente:

—Confieso que me asombra ese nuevo tono en tu boca. ¿Por qué has esperado tanto tiempo para hablarme así?

—¿Qué sé yo?.. Mi naturaleza en primer lugar, después los consejos... Creía en la fuerza y ya no creo.

Bella contestó entusiasmada:

—Entonces hacemos las paces...

Y una vez más se puso tentadora, linda y sonriente, con los blancos dientes á flor de los labios y dejando filtrar de sus ojos á través de las pestañas un rayo incendiario.

—Sí, repitió Gervasio, las paces, á despecho del mundo entero.

Después, cogiéndole la mano, añadió mirándola de frente:

—¿Entonces, Jacobo?..

Bella prorrumpió en una risita seca y, esta vez, despreciativa.

—¿Jacobó? Puedes estar tranquilo por ese lado. Le amo enteramente igual que en otro tiempo...

Gervasio, á su vez, respiró con satisfacción...

En este momento apareció un criado en la escalinata y anunció:

—La señora está servida.

Piscop, convertido en galante, ofreció el brazo á su mujer, que se mostraba muy divertida, y entraron en la casa. La comida fué muy alegre... Piscop habló de numerosos proyectos é hizo nuevas promesas. Pero esta vez debía cumplirlas y las cumplió.

De este modo Jacobo, hasta en sus últimos días, hacía la felicidad de Arabela.

VI

Aquella mañana corrió la noticia por la aldea, sin que se supiera su origen, de que el castillo de Reteuil y sus tierras estaban vendidos.

El nuevo propietario, un señor de París, un barón, según se decía, debía instalarse allí la semana siguiente, á principios de octubre.

Formáronse grupos en la plaza de la iglesia y comentaron el suceso. Los unos negaban sin saber por qué; los otros afirmaban con empeño, sin estar mejor enterados.

—Se hubiera sabido... Hay periódicos que anuncian las ventas.

—¿Los ha leído usted?

—No.

—Entonces...

Pero Regino Garnache se acercó al grupo, se enteró del sentido de la discusión y los sacó de dudas.

—Sí, dijo, es verdad; lo sabía.

Los que negaban protestaron ofendidos, y uno de ellos dijo:

—¿Y cómo lo sabías?

Se oyeron otras voces que también pedían explicaciones.

—¿Quién te lo había dicho?

—¿Por qué no se lo has contado á nadie?

Garnache se encogió de hombros y respondió desdenosamente:

—Alguien me lo había dicho.

Pero los campesinos, obstinados, no se contentaban con tan poco, y por todas partes preguntaban en tono de burla:

—¿Quién es ese alguien?

Entonces, para cerrar el pico á todas aquellas comadres y desembarazarse de ellas, el guarda contestó claramente:

—Ese alguien, puesto que queréis saberlo, es el vizconde Jacobo de Valroy en persona; creo que él debía saberlo.

Garnache, después de soltar estas palabras, sintió haberlas dicho. ¿Quién le metía á él?.. En esas histo-

rias más vale callarse... Y siguió su ronda vagamente inquieto.

No se equivocaba. Pasó un criado del castillo, recogió los rumores, preguntó detalles y se fué con gran prisa á llevárselos á su amo, el Sr. Piscop de Carmesy.

Este, al oírle, se asombró á su vez; ¿cómo no se le había advertido?

La cosa había estado bien hecha; Jacobo no había querido de ningún modo que su última tierra pasase á los Piscop ó á los Grivoize; y lo había logrado...

Gervasio se reía solo al pensar en la cara que iban á poner su buen hermano Anselmo, sus queridos primos Antonín y Timoteo, y principalmente el joven Hilario.

Este muchacho de veinte años, vanidoso como un pavo real, había heredado de un hermano de su madre una fortuna particular, y no ocultaba la intención de comprar Reteuil aunque tuviese que aplastar á sus competidores pagando aquella finca tres veces más de lo que valía.

Hilario confesaba ingenuamente las causas de esta aparente prodigalidad.

Como Gervasio, se ennoblecía á su vez, pues no habiendo ningún Reteuil, á los tres años de ser dueño de aquella tierra se llamaría Hilario Grivoize de Reteuil.

Al cabo de cinco años suprimiría el Grivoize y sería Hilario de Reteuil, noble si los hay, para su gloria y la de su posteridad.

Tal era de ordinario su razonamiento, al que sus primos respondían con burlas y amenazas de no dejar perder la presa cualquiera que fuese el precio; pero él sabía que eran demasiado avaros y prudentes para arriesgarse así.

Había, pues, disputa acerca de Reteuil, y la buena armonía de aquellas familias, en otro tiempo unidas para su bien y el mal ajeno, estaba rota por nuevas ambiciones y rivalidades.

—Y bien, pensaba Gervasio, esto lo arregla todo; aparece un tercer ladrón que pone á todo el mundo de acuerdo... Ese Hilario es capaz de coger una enfermedad.

Después, siguiendo sus reflexiones, frunció las cejas descontento y murmuró:

—La verdad es que ese Garnache es más adicto á sus antiguos amos que á los nuevos... Puesto que Jacobo se lo había dicho todo, hubiera podido advertir á mi padre ó á mis tíos cuando, acaso, era tiempo... Como Berta, Regino tenía demasiada memoria.

El nombre de Berta, por una natural asociación de ideas, le recordó á su mujer, la divina Arabela, y sonrió... Aquello era el cielo... Sin embargo, escamón por naturaleza, pensó que la venta de Reteuil le proporcionaba una prueba que era preciso poner en práctica.

Se dirigió á la habitación de su mujer, llamó y entró con el aspecto de un marido que sabe que se le recibirá bien. Bella se estaba peinando, con los brazos y los hombros desnudos, delante de un espejo muy alto.

—¿Eres tú, querido? ¿Qué hay?

Gervasio contestó sin transición:

—Hay que el castillo de Reteuil está vendido á un barón parisiense.

En pie detrás de ella, el marido espiaba su fisonomía en el espejo.

Bella, impasible y rectificando un rizo rebelde, contestó:

—¿Sí?..

Su tono era de una indiferencia tan glacial, que Gervasio tuvo que contenerse para no abrazarla, y añadió:

—De este modo, Jacobo deja el país para no volver más.

Siempre tranquila, Bella dejó caer lentamente de sus labios:

—Y bien, buen viaje..., que sea feliz en otra parte.

Esta vez, en su alegría, Gervasio no se contuvo... Aquel matrimonio se iba haciendo ideal; Arabela tenía tres sortijas en cada dedo.

Satisfecho en su casa, el caritativo Gervasio pensó que era tiempo de ir á gozar un poco de la confusión de los demás. Un cuarto de hora después entraba en la inmensa granja donde seguían viviendo, menos dichosos que él, los Piscop y los Grivoize á secas.

Los encontró reunidos en el comedor y en plena excitación. Acababan de saber la noticia, pero por persona vacilante y mal enterada.

Gervasio tuvo el placer de sacarlos de su incertidumbre.

—Sí, es cosa definitiva; el famoso barón llega dentro de ocho días (Gervasio inventaba para divertirse). Un gran señor inmensamente rico, muy noble y muy orgulloso de su nobleza, que trae carruajes, caballos y grandes récovas para revolucionar el país... Hay

que resignarse á ocupar el segundo puesto; es un nuevo amo que se nos viene encima.

Anselmo reflexionaba; Antonín gruñía; Timoteo dejaba ver una sonrisa forzada; Hilario echaba espuma por la boca.

Pero los viejos, Piscop padre y los dos Grivoize, sentados en sus bancos, mirando al suelo y con las manos juntas, no manifestaban ni pesar ni despecho.

—Acaso sea mejor así, dijo Grivoize el menor en tono reflexivo. ¿Dónde íbamos á parar?.. ¡Cuánto dinero enterrado!..

—Usted habla bien, padre, exclamó Hilario dando un salto, pero yo no pienso lo mismo. Tengo derecho á hablar, pues mi dinero no le debe nada á nadie. Quería Reteuil y lo hubiera comprado si hubiera sabido...

—¡Bah!, dijo Anselmo, eso hubiera sido si nosotros hubiésemos querido.

—Hubiera sido de todos modos, porque yo podía comprar solo y vosotros necesitabais el dinero de vuestro padre.

—¡So mocosol, exclamó Anselmo adelantándose con la mano levantada.

Gervasio se interpuso.

—Vamos, nada de tonterías... No vais á pegaros por cosas ilusorias. El que tiene Reteuil es el barón... y esto debe reconciliarlos.

Los dos primos retrocedieron gruñendo todavía. Gervasio continuó:

—Pero hay en este negocio un personaje que ha desempeñado un papel extraño; el guarda Garnache.

—¿Qué es lo que ha hecho?, preguntó Hilario, pronto á desahogar su cólera con alguien á quien juzgaba inferior.

Gervasio siguió diciendo:

—Yo no sé dónde se ven, pero Jacobo había advertido á Regino, hace meses, que quería vender sus propiedades... Garnache no ha dicho nada, y sin embargo, sabía bien vuestro deseo...

Hilario le interrumpió rebosando furor:

—¿Oye usted, padre? ¿Qué le decía yo á usted? Toda esa gente es una canalla. Es preciso que esta misma tarde estén fuera... Ya tomará usted otro guarda... ¿Conque lo sabía y no ha dicho nada?.. Espera un poco. Supongo que no va usted á tolerar eso.

Grivoize el menor movió su cabeza calva:

—¿Tolerar qué?

—Que se nos haga traición, gritó Hilario empleando las grandes palabras.

—Sí, replicó el padre, puede que tengas razón...; pero yo, no la tendría si pensara como tú.

—No comprendo...

—Pues yo sí, dijo Grivoize el mayor; habla movido por el sentimiento, y con eso se va á la ruina.

Con el apoyo de su tío, Hilario insistió:

—¿Qué más quiere usted que hagan?

—Nada, dijo Grivoize el menor sin gran decisión. Pero Regino ha nacido el mismo día que yo; hemos ido juntos á la escuela; después hemos servido siete años en el mismo batallón y hecho la guerra juntos; esos son recuerdos. Habíamos seguido siendo amigos, aunque confieso que, hace algún tiempo, para complaceros, había marcado las distancias echándomelas de gran señor... Además, hace doscientos años que los Garnaches son guardas en el bosque... y no me atrevo á tocarlos, aunque fuese para bien.

Piscop padre tomó la palabra en medio del silencio general, pues su opinión era respetable.

—Grivoize, dijo, reflexiona un poco; no me gusta dar la razón á los hijos contra sus padres; pero este muchacho, por malos motivos, pide una cosa justa. Oye la verdad: Garnache tiene cincuenta años y, faltarle de fuerzas, descuida su servicio; en otro tiempo los antiguos Garnache, al llegar á esa edad, entregaban la escopeta á su hijo. José no la ha querido y esto es cuenta suya. Pero no estando él para reemplazar á su padre, no podemos conservar á éste eternamente. Además está averiguado que Berta está loca y es causa de disgustos. Y puesto que, por añadidura, Regino nos oculta lo que debiera decirnos, soy de opinión yo también de que, todo bien pensado, debemos renunciar á sus servicios. Por otra parte, no es ningún desgraciado... Tienen bienes.

—¿Y la pensión?, preguntó Grivoize convencido.

—Es un pretexto para no dársela, dijo tranquilamente el mayor, siempre práctico y de buen sentido.

—Está bien, dijo por fin el padre de Hilario, pero tú te encargarás de la comisión, muchacho.

—Con gusto, y ahora mismo, respondió; y salió del comedor con aspecto radiante.

Gervasio se marchó también entonces; se había divertido bastante.

Hilario iba casi corriendo por el bosque, tal prisa tenía por llegar al pabellón. Mientras andaba iba dando vueltas en la cabeza al texto del discurso que iba á pronunciar.

Hacia años que detestaba á Regino, recordando que no pocas veces le había levantado de una oreja ó por el fondillo de los calzones, en los tiempos del merodeo, siendo chico, cuando no sospechaba que vendría un día en que podría comprar castillos.

Tampoco José le era simpático; su gravedad y su indiferencia molestaban á aquel señorito que soñaba sencillamente con que todo el universo tuviese los ojos fijos en él. Sentía bien que por aquel lado no gozaba de ninguna estima y odiaba por eso á aquella familia.

¡Qué voluptuosidad la de humillarles y ponerlos él mismo en la puerta, sin más razón que porque ese era su gusto!

A quinientos pasos del pabellón disminuyó la velocidad; su dignidad le prohibía los movimientos desordenados y las palabras anhelosas.

Cuando recobró el aliento y una apariencia de calma, abrió la valla, atravesó el jardinillo, empujó la puerta y entró en casa del guarda.

Sofía, que estaba delante del fogón agitando una marmita, le miró con ojos admirados, pero él no se detuvo y entró en el comedor.

Berta, sentada al lado de una ventana, miraba hacia fuera sin ver nada; Regino, en pie al lado de la mesa, estaba limpiando su placa de cobre con un pedazo de franela empapado en polvos de greda mojada. Levantó la cabeza, vió á Hilario y pensó: «La cosa no va bien.» Pero no demostró sus aprensiones.

—Buenas tardes, mi... señor Hilario, es usted amable por venir á vernos...

Le presentó una silla, pero Hilario le detuvo con un ademán.

—No vale la pena...; no se moleste usted; me voy en seguida.

Examinó á Berta, que no se había movido; pero, sin embargo, fué por ella por quien empezó:

—Regino, mi primo Gervasio se queja de su mujer de usted.

—¿Por qué?

—Dice que se ha ofrecido como intermediaria entre Jacobo de Valroy y Arabela... y supone...

El guarda se encogió de hombros:

—Mírela usted, dijo simplemente. ¿De qué es capaz la pobre?

—Bien, dijo Grivoize aceptando la explicación, pero hay otra cosa.

Garnache movió la cabeza y le interrumpió:

—Señor Hilario, creo que viene usted con ideas de disputa; si es así, más vale que empiece usted por el fin y diga lo que quiere.

Hilario se irritó.

—Empiezo como quiero..., pero tiene usted razón, no hay que tomar precauciones ni andarse en remilgos con usted. Es usted un mal servidor que hace traición á la confianza de los que le emplean...

—¿Qué? ¿Qué?, exclamó Regino estupefacto.

Pero el otro, una vez lanzado, continuó sin querer oír nada.

—Perfectamente... Ha seguido usted siendo el hombre de confianza del vizconde Jacobo; tiene usted con él citas sospechosas y ocultas en las que le cuenta sus negocios y le hace sus confidencias...

—Todo eso es falso; para una vez que le he encontrado de noche y por casualidad...

—El fué, sin embargo, el que dijo á usted que Reteuil estaba vendido...

—Sí, el fué.

En este momento Berta, al oír el nombre de Jacobo y de Reteuil, volvió la cabeza y escuchó con los ojos dilatados y tratando de comprender.

Hilario dijo triunfante:

—¿Confiesa usted que lo sabía?.. Y nos lo ha ocultado, sabiendo cuánto deseábamos esa tierra.

—El negocio estaba concluido.

—Es usted quien lo dice.

—Porque es verdad.

—No lo creo.

—Como usted quiera.

El guarda se cruzó de brazos y se apoyó en la pared golpeando el suelo con su ancho pie. Hilario volvió á la carga.

—Es una traición. Reteuil vendido, pasa á manos extrañas...

Pero su frase fué cortada por un grito terrible. Berta se había levantado é iba hacia él con ojos locos y un aspecto horroroso.

—¿Qué es lo que dices? ¿Reteuil vendido?

Humillado al ver que le tuteaba é impacientado por el incidente, Hilario rechazó á aquella bruja y le gritó en su cara:

—Sí, sí, Reteuil vendido y Jacobo arruinado, sin un céntimo... Va á dejar el país y á dejarnos en paz de paso. ¿No lo sabía usted? ¿Su marido no le cuenta sus asuntos? Hace mal, porque sería usted buena consejera.

Hilario bromeaba y se divertía en ver á Berta palidecer á cada palabra que él pronunciaba.

La mujer le escuchaba muy atenta, haciendo esfuerzos por comprenderle; de pronto debió de conseguirlo, pues dió otro grito más agudo, levantó los brazos y echó á correr.

La vieron atravesar el jardín y llegar al camino antes de que Sofía hubiera podido contenerla.

—Buen viaje, dijo Hilario.

Y añadió volviéndose hacia Regino:

—Acabemos; nos disgusta á mi padre y á mí tener en el pabellón una loca y un guarda adicto á los demás; todo esto produce escándalo y mala administración. Hemos decidido pasarnos sin usted; le damos las gracias por sus servicios y deseamos que esta casa esté libre dentro de tres días. En cuanto á lo que se le debe, presente usted su cuenta y se le aprobará.

Esta vez Regino se quedó anonadado. Había previsto una escena de acusaciones y hasta de palabras duras; pero ser arrojado fuera, como un lacayo que ha robado, él, cuya honrada vida había transcurrido bajo aquel techo; él, cuyos seis antepasados habían habitado aquella morada, en otro tiempo cabaña cubierta de paja y transformada poco á poco, era una idea que le partía el corazón. Bajó la cabeza con el bigote tembloroso y por fin murmuró:

—Me extraña, después de todo, en Grivoize el pequeño.

El joven, ofendido por aquellas palabras familiares, aumentó su impertinencia:

—Regino, mi padre se llama el señor Grivoize.

Pero, en realidad, esto no tiene ya importancia, puesto que no es usted de los nuestros. Conque, está dicho; dentro de tres días la casa libre y la llave en la puerta. Es dinero perdido pagar guardas como usted.

Hubiera acaso desenvuelto más abundantemente sus apreciaciones personales, pero alguien se lo impidió. José acababa de entrar en casa de su padre y se había detenido un momento á escuchar en el corredor.

De pronto, entró muy pacífico y con aspecto adormilado. Hilario, al verle, retrocedió imperceptiblemente. José se acercó á Regino y dijo con su voz sombría:

—¿Sufre usted esto, á su edad?.. ¿Permite usted á este canalla que le insulte en su casa, pues aquí está usted en su casa, diga él lo que quiera? No tiene usted sangre en las venas...

Hilario palideció y apretó los puños, pero no dijo palabra. Si él era robusto, José, de cinco años mayor que él, más alto y más ancho de hombros, era realmente temible. El hijo del guarda siguió hablando:

—¿No le ha conocido usted, padre? Es el chico de Grivoize, el mocosol de la granja; no hay más que darle un puntapié, va usted á ver...

—¡José!, gritó Hilario, cuidado...

—¿De qué?, dijo José acercándose á él. ¿Crees que te tengo miedo? Eres rico, pero yo no dependo de ti y no por eso dejas de ser un campesino; tratas de rasparte la grasa, pero no puedes y se te queda en la cara.

Y con el revés de la mano le rozó la mejilla. Hilario dió un sordo rugido y se registró el bolsillo buscando sin duda un arma; pero José le cogió por un brazo, le empujó hasta el jardín y allí, con un nuevo impulso, le envió á la carretera.

—¿Lo ves? A ti es á quien se arroja fuera... Lárgate y cuidado con el trasero.

El hijo de Grivoize recogió el sombrero, que había rodado por el barro, y se marchó á buen paso; si hubiera tenido su escopeta, José hubiera muerto. Pero lo dejó para otra ocasión.

José volvió hacia su padre, que le dió la mano.

—Gracias..., pero no soy ya joven y tengo miedo de los disgustos... Y después, dejar esta casa... dentro de tres días...

—¿Cree usted que le hubiera hecho gracia ni de una hora si yo no le hubiera echado?

—No.

—Entonces...

—Entonces todo se va; la comarca ya no existe.

—¿Dónde está mi madre?, dijo José; la he visto pasar corriendo hace un momento, más loca que nunca...

—Sí, dijo Garnache, es también por culpa de ese buen corazón. Le ha contado que Reteuil está vendido y que Jacobo se marcha.

José meditó unos instantes y dijo:

—Hay personas que hacen daño por el gusto de hacerlo.

Berta seguía corriendo. Una vez más pasó por los campos cuya hierba habían desgastado sus pies, se metió por aquellas espesuras en las que estaba marcada la huella de su cuerpo y recorrió su camino de todos los días desde que el alma de Valroy habitaba en Reteuil.

(Se continuará.)

TRES CASOS NOTABLES DE APARICIONES

Al famoso Dr. Johnson preguntaba una señora, amiga suya, qué opinaba respecto á las historias de espectros y apariciones. «Señora, contestó con mucha seriedad, es esa una cuestión que, después del transcurso de cinco mil años, está aún por resolver y que, considerada así teológica como filosóficamente, es una de las más importantes que presentarse pueden á la inteligencia humana.»

Ahora invito yo al lector á que, teniendo presente esas palabras, preste su benévola atención á estas historias de apariciones que han hecho profunda impresión en mi ánimo, y á que no las acoja con incredulidad, fundado sólo en no haber visto personalmente algo semejante y atribuyéndolo todo á fantasías é imaginaciones. No; hay que dejar por entero esta cuestión en manos de la ciencia para que investigue y decida, conviniendo con el Dr. Johnson en que es una de las más importantes que puedan someterse al examen de la razón del hombre. Hay que leerlas con espíritu tolerante y sin prejuicios. Por mi parte, las refiero sin tratar de exponer ninguna teoría determinada que las explique, pero con la convicción de que no son infranqueables los límites que ahora cierran nuestros conocimientos en ese particular.

Un amigo mío fué á pasar unos días en casa de un caballero extranjero que residía en Inglaterra en una finca situada junto á la costa del mar. Después de comer, la primera noche que allí pasó, se hallaba sentado fumando en la biblioteca con su anfitrión, instalados cómodamente cerca de la chimenea, cuando de repente un gran sabueso alemán, cazador de jabalíes, que se hallaba tendido entre los dos próximo á la lumbre, se levanta gruñendo y se lanza al centro de la habitación y allí se detiene, ladrando furiosamente al aire.

Mi amigo volvió la cabeza, creyendo que entraba algún criado, y luego, dirigiéndose con una sonrisa al amo de la casa, le preguntó por qué el perro ladraba de aquella manera. El dueño, que también se sonreía, se llevó un dedo á los labios indicándole que guardara silencio y le hizo un gesto indicando al pe-

palabra, una aparición. Sí, la ve. Muchas veces he tratado de verla yo también, pero no he podido nunca conseguirlo.

Díjole después que la casa hacía mucho tiempo que tenía fama de haber en ella fantasmas y aparecidos; que la alquiló sin dar crédito á dichas leyendas, ni preocuparse de ellas, hasta que vió casi una noche tras otra alzarse al perro de delante la chimenea y siempre próximamente á la misma hora, y entregarse á demostraciones de furia iguales á las que acabamos de describir. Extrañóle mucho á mi amigo ver la indiferencia con que el amo de la casa tomaba un he-



Vió al perrazo ladrando al aire

cho tan extraordinario, pero éste le aseguró que estaba ya tan acostumbrado, que esperaba hasta con impaciencia la hora en que el fantasma debía atravesar la habitación y que no perdía la esperanza de verle alguna vez con sus propios ojos.

Pero lo que más le interesaba era el perro, y el resto de la velada lo pasó refiriendo leyendas de almas en pena que se han aparecido á perros en vez de hacerlo á las personas.

Ahora podrá tal vez decir entre sí el lector: «Está bien; esa historia tiende á confirmar lo que siempre he tenido por cierto, es á saber, que en el mundo hay cosas tan extrañas que no se explican por medio de las ciencias físicas; pero lo que yo deseo es una que me pruebe, de una manera conveniente, que la personalidad subsiste después de la muerte, ó en otros términos, una historia, bien comprobada, de la aparición de un difunto.»

Pues bien, la hay de una aparición sucedida mucho tiempo después de muerta la persona aparecida, la cual tiene tantas pruebas evidentes de esa realidad, que hasta el más escéptico

ha de admitir su valor. La referiré lo más sucintamente que pueda, y ruego al lector que crea que los testimonios que la apoyan se han sometido á la más rigurosa comprobación y que la veracidad de la persona que vió la aparición no la han puesto en duda ni aun aquellos mismos que tratan de dar al suceso una explicación física.

Un joven viajante de comercio, en los Estados Unidos, estaba un día anotando los pedidos que le habían hecho los comerciantes de la localidad. A la mitad de su trabajo, mientras la pluma corría velozmente por el papel, fumando un buen tabaco, sintió de repente una sensación que le sobrecogió; le pareció que no estaba solo en la habitación. Alzó la cabeza y allí, sentada á la mesa, á su lado, con un brazo apoyado en ella, vió á su única hermana, á quien hacía nueve años que había perdido para siempre. Tan real parecía la visión, que se levantó para saludarla y darle un abrazo.

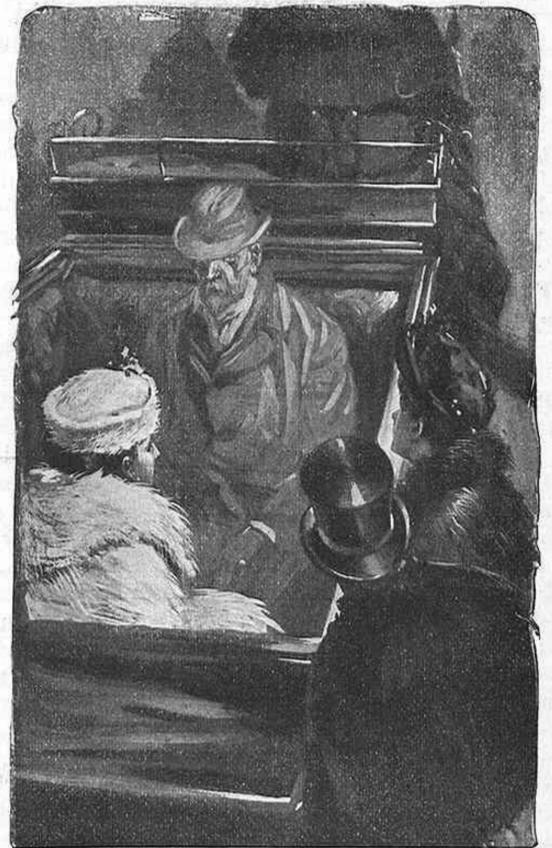
Pero, al acercarse á ella, desapareció y volvió otra vez á la realidad, preguntándose qué era lo que había pasado. ¿Habría soñado? Imposible. Aún estaba la pluma húmeda de tinta; entre los dedos humeaba todavía el tabaco. Estaba despierto y en sus cinco sentidos. Algo había visto, diérasele el nombre que se quisiera, algo de una perfecta semejanza con su di-

funta hermana. La había visto con sus propios ojos. La había visto estando ocupado en un trabajo comercial. En pleno día, á las doce, inundado el cuarto por rayos de sol.

Cuando trataba de convencerse de la realidad de la visión, recordaba un pequeño detalle; había notado en una de las mejillas de su hermana un arañazo rojo. La impresión recibida fué tan viva, hizo tal efecto en su imaginación, que no podía apartar de sí la convicción de que por modo maravilloso había visto á su difunta hermana en carne y hueso. Todos los detalles de su traje, la peineta que llevaba en la cabeza, el pasador del pecho, la tela y el color del vestido, todo quedó indeleblemente grabado en su memoria; pero lo que más claro veía, la prueba más fuerte y convincente de su realidad, era el arañazo rojo que había en el rostro de la aparecida.

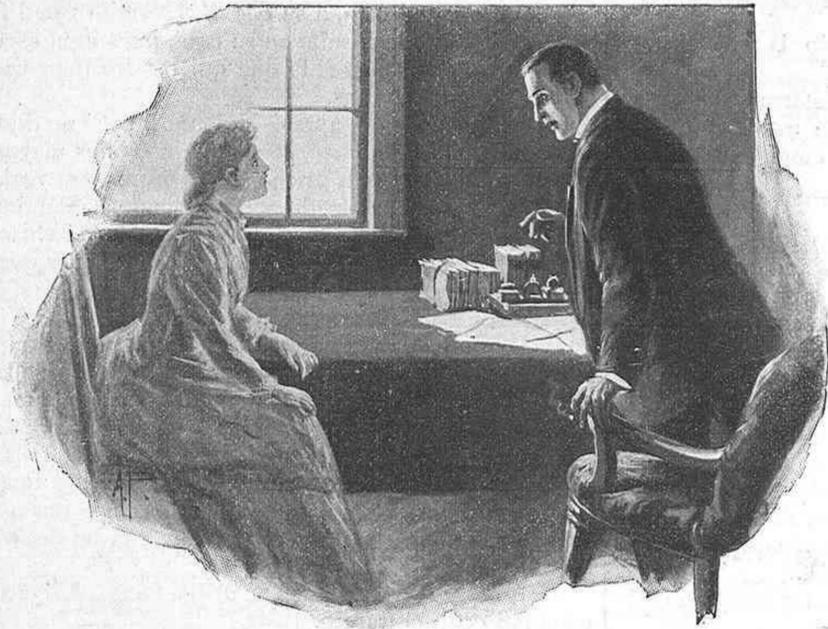
Pues bien, iba á confirmarse de extraordinaria manera la verdad de la visión. Dejemos ahora la palabra al mismo que la tuvo: «El espectro, ó como quiera llamarle, me causó tanta impresión, que tomé el primer tren y me volví á casa, y en presencia de mis padres y de otras personas referí cuanto me había ocurrido. Mi padre, hombre de muy buen sentido y muy positivo en todas sus cosas, se sentía inclinado á reirse de mí por la completa buena fe con que creía lo que había contado; pero también él se quedó asombrado cuando, un poco después, les dije lo de la raya ó arañazo, de

un rojo vivo, que con toda claridad había visto en el lado derecho de la cara de mi hermana, pues al decirlo mi madre se puso en pie temblando y por poco se desmaya, y en cuanto se serenó algún tanto, corriéndola las lágrimas por el rostro, exclamó que verdaderamente había yo visto á mi hermana, puesto que ninguna persona viviente, excepto ella, tenía conocimiento de aquel arañazo que sin querer la había causado mientras la estaba peinando después de muerta. Dijo que recordaba muy bien lo mucho que había sufrido por haber casualmente desfigurado el rostro de su difunta hija y que, sin que nadie lo supiera, había con mucho cuidado borrado las huellas del ligero rasguño cubriéndolas con una capa de polvos de arroz, y que desde aquel día hasta entonces no había hablado de tal cosa con nadie.»



En el asiento delantero había un hombre á quien no conocía

¿Qué explicación daremos á estos hechos? ¿Se pretenderá que la madre, sentada en su casa, recordando á su difunta hija, entró repentinamente en comunicación telepática con su hijo, cuyo cerebro recibió la imagen que en el de ella había? En este caso recordaremos el dicho de Lord Byron, hablando de la Me-



Tan real parecía la visión que se levantó

ro, como para decirle: «Observe usted, que la cosa lo merece.»

Y entonces vió mi amigo una escena que le tuvo en suspenso hasta que hubo terminado. El perrazo ladraba sin que se viera á qué; hacía rápidos y cortos avances como atacando un objeto invisible; cada vez se iba enfureciendo más y acorralando el objeto invisible hacia una ventana tapada por unas cortinas. Los ojos del sabueso echaban chispas de cólera; los labios, cubiertos de espuma, se abrían dejando ver los dientes, de los que caían gotas de baba por la violencia de la ira; su piel luciente se erizaba de rabia y todo su cuerpo parecía que iba á estallar de furia. No era posible dudar de que algo veía delante de él; á mi amigo le costó gran trabajo convencerse de que sus ojos no podían descubrir lo que era.

Tan pronto como el sabueso obligó á su enemigo á refugiarse tras de las cortinas, se volvió á la chimenea y se tendió ante el fuego; pero esta vez conservó levantada la cabeza y la vista fija en el cortinaje.

—Eso mismo hace casi todas las noches, dijo el amigo de mi amigo sonriéndose tranquilamente; eso me distrae y me enseña. Me demuestra que los animales ven lo que nosotros no.

—¿Pero qué es lo que ve?

—Un espectro. O bien, si no le agrada á usted la

tafísica de Coleridge: «Quisiera que me explicara su explicación.»

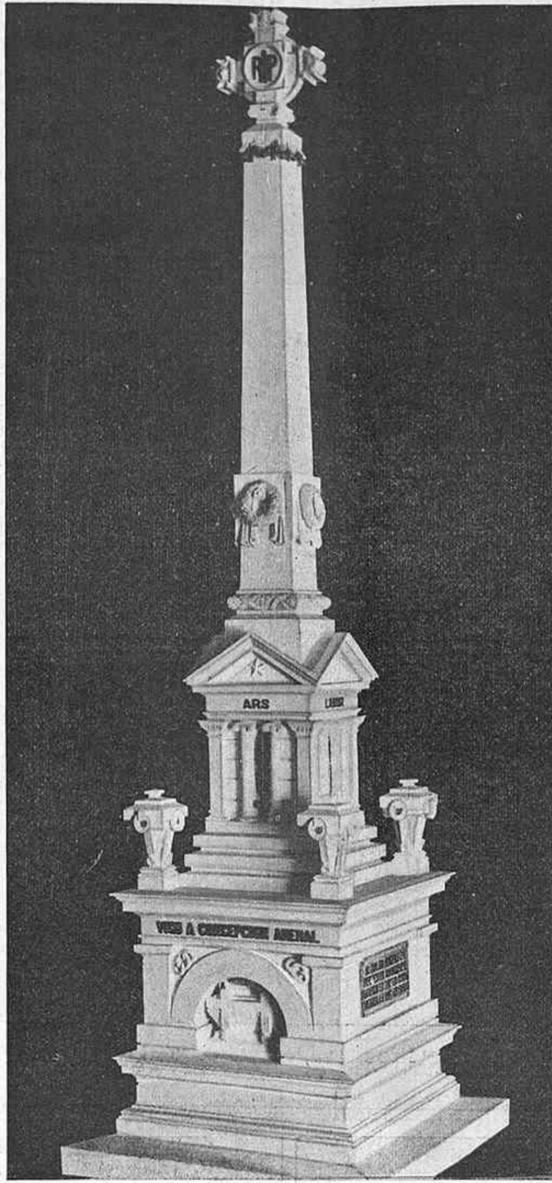
La hija hacía nueve años que descansaba en su sepulcro. ¿Hemos de suponer que su recuerdo estaba todavía tan vivo en la imaginación de su madre, que podía inconscientemente transmitírselo á su hijo á tantas leguas de distancia y de una manera tan clara que pudiera distinguir el arañoza cuya existencia ignoraba? ¿Estaba la madre pensando en ese triste incidente? Entonces, ¿por qué la imagen reflejada en el cerebro del hijo no fué la de su hermana en el féretro? Además hemos de tener presente que éste no estaba arrobado ni en éxtasis, ni tan siquiera en ese estado de inactividad propicio para la recepción de esas ondas mentales, sino que estaba afanosamente ocupado en anotar pedidos cuando la aparición ocurrió.

Una señora llamada la condesa Eugenia Kapnist se encontraba en Talta, en 1889, en compañía de su hermana, la condesa Ina. En casa de un amigo conocieron, una noche, á un caballero, Mr. P., que estaba en aquella población, como otros muchos enfermos, buscando la salud, y que se estaba muriendo á ojos vistas de consunción.

Tenía este señor algo de espiritista y se empeñaba en decir que había conocido antes á la condesa Ina. «No en este mundo, decía, eso es imposible, sino en otro.» Y tanto se encaprichó con esta idea, que la prometió que volvería después de su muerte y se le presentaría para darle la prueba de que hay otra existencia más allá de la tumba.

En marzo del año siguiente se hallaban las dos condesas en San Petersburgo y cierta noche convidaron á una amiga suya para ir á ver *El mercader de Venecia*. Esta amiga fué allí desde Tsarskoye Selo nada más que para ir al teatro y regresar aquella misma noche. Las tres damas cambiaron de traje terminada la función y en coche fueron á la estación del ferrocarril; la amiga partió en el tren que sale á la una de la mañana.

Al bajar las escaleras de la estación, la condesa Ina anduvo más aprisa que su hermana, y viendo que ya estaba el carruaje aguardando, subió á él inmediatamente. La condesa Eugenia tardó tal vez dos minutos más en llegar al landó, á cuya abierta portezuela estaba un lacayo dispuesto á ayudarla á montar. Pero al poner el pie en el estribo se detuvo. Creyó que no era aquel su coche y razón tenía para creerlo, porque en el asiento delantero, alumbrado por un rayo de luz cenicienta que podía provenir de un farol, estaba un hombre que no conocía, un hombre pálido, con cabello rojizo y vestido con una levi-



Proyecto de monumento que el Ayuntamiento de Vigo erigirá en la nueva necrópolis de aquella ciudad á la memoria de la insigne pensadora D.^a CONCEPCIÓN ARENAL. (De fotografía de Eduardo Bello.)

ta de color de avellana. Tanto se detuvo la condesa Eugenia contemplando á aquella persona, que el lacayo se figuró que el vestido se le había enganchado en el estribo y se inclinó para desprenderlo.

—¿Estás segura de que este es nuestro coche?, preguntó á su hermana.

—Ya lo creo, respondió la condesa Ina. ¿Por qué lo preguntas?

Al decir esto, la visión desapareció; subió la otra hermana al carruaje y ocupó su asiento.

Entonces refirió ésta lo que había visto y ambas convinieron en que les era conocido, por la descripción, aquel hombre. Pero ocurren tantos y tan diversos sucesos durante un año de la existencia de una mujer de la buena sociedad, que ninguna de ellas podía acertar con su nombre.

Algún tiempo después se encontraron con un amigo de Talta, quien les manifestó que el excéntrico Mr. P. había muerto dos días después de aquel en que tuvo lugar la aparición de su espectro en el carruaje. Al nombrarle cayeron en la cuenta de quién era el señor de la cara larga y de la levita color de avellana; el fantasma tenía ya nombre.

En esta historia tenemos un espectro que debía aparecerse en persona después de muerto y que lo efectúa estando todavía vivo, aunque moribundo y á una hora de la noche en que, según todas las probabilidades, debería estar profundamente dormido. Además, el fantasma fué invisible para la persona á quien había prometido aparecerse y lo vió la hermana, que ninguna participación tuvo en el ofrecimiento.

He referido este caso el último, porque me parece que ha de dejar al lector en el estado de ánimo que se requiere para seguir investigando la verdad. No se sabe qué deducción sacar de él. No deja establecer ninguna teoría y destruye cuantas hipótesis se hagan.

Y eso justamente es lo que debe hacer un fantasma. El antropomorfismo necesariamente ha de ir perdiendo terreno á medida que el hombre vaya avanzando en el conocimiento de los secretos del universo.

Lo infinito y eterno nunca podrán encajar dentro de los límites de las teorías sobre la telepatía y la acción refleja del cerebro, ni someterse al tribunal correctivo de la lógica humana, ni conformarse á la enseñanza de las aulas respecto á las causas naturales. Todo lo que sabemos es que no sabemos nada, pero creemos que el hombre está destinado á ir ensanchando la esfera de sus conocimientos y aproximándose á la Verdad absoluta.

HAROLD BEBBIE.

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea é ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Bulaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES, BARCELONA

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR,
Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

◀ **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE** ▶
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

COMEDIAS DE TIRSO DE MOLINA. *Tomo I.* — Este tomo es el cuarto de la importante «Nueva Biblioteca de Autores Españoles» de la cual nos ocupamos hace algún tiempo en esta misma sección y que bajo la dirección del ilustre polígrafo Sr. Menéndez y Pelayo publica en Madrid la casa Bailly-Baillière é hijos. Forma un volumen de 680 páginas á dos columnas con una colección de 24 comedias de Tirso de Molina, ordenada por D. Emilio Cotarelo, de la Real Academia Española, y un discurso preliminar (LXXX páginas) sobre esa colección y sobre la vida y obras del gran dramaturgo. Es un libro notabilísimo bajo todos conceptos, como todos los que constituyen la publicación que con entusiasmo y cariño dignos de los mayores elogios han emprendido los citados editores madrileños.

EL PROBLEMA DE LAS PENSIONES PARA LOS OBREROS EN ESPAÑA, por *Práxedes Zancada*. — Un tomo de 176 páginas con una carta-prólogo de D. Gumersindo de Azcárate; editado en Madrid por la casa Bailly-Baillière é hijos. En él se estudia el problema de los retiros para obreros en las principales naciones de Europa y se plantea el problema en España dando los términos para su solución. Precio, dos pesetas en rústica y 2'50 encuadernado en tela.

LA TELEGRAFÍA Y LA TELEFONÍA SIN HILOS CONDUCTORES, obra escrita en italiano por el profesor *Domingo Mazzotto*, traducida al castellano por *D. Eugenio Gua-*



Sueño inocente, cuadro de W. Llewellyn

llart. — Un tomo de 520 páginas con 252 figuras intercaladas en el texto y un índice alfabético, editado en Madrid por la casa Bailly-Baillière é hijos. La historia de las infatigables y sagaces indagaciones de Marconi para perfeccionar y extender la aplicación de su sistema, los grandiosos resultados ya logrados por él, la descripción de sus aparatos y la de los debidos al estímulo y concurrencia de los demás inventores constituyen el objeto de este libro, escrito en forma amena é inteligible aun para los poco versados en esas materias. Precio, cuatro pesetas en rústica y 4'50 encuadernado en tela.

DICCIONARIO SALVAT. — Se han publicado los cuadernos 49 á 53 que alcanzan hasta la palabra *Cancanear* y van ilustrados con grabados en el texto y láminas sueltas.

DESPUÉS DE LA CÁRCEL, por *Alvaro Lamas G.* — Colección de artículos sobre sucesos forenses chilenos. Un tomo de 134 páginas con ilustraciones de F. J. Impreso en Santiago de Chile en la imprenta y litografía Universo. Precio, un peso.

EL ACETILENO, SU PRODUCCIÓN Y APLICACIÓN, por *Antón Ludwig*, traducido y ampliado por *Gisbert Pretzschner*. — Guía práctica para constructores é instaladores de gas acetileno, propietarios, directores y empleados de instalaciones de acetileno y de fábricas de carburo de calcio. Contiene, además del estudio técnico, una porción de atinadas consideraciones inspiradas en puntos de vista económicos, y de excelentes consejos prácticos. Un tomo de 244 páginas con grabados, editado en Madrid por la casa Bailly-Baillière é hijos. Precio, tres pesetas en rústica y 3'50 encuadernado en tela.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR

DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



Dentición

JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZUE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS
por la
Academia
de MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

DEPÓSITO. BLANCARD & Co., 10, R. Bonaparte, Paris.

AVISO Á
LAS SENORAS

EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

M^{lle} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Frasco. 5 fr.

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso.

CANDES etc.

en Paris
B^{te} St-Honoré, 165

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **FILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN